

A stylized, high-contrast illustration in shades of blue, grey, and red. It depicts several figures in a room. In the foreground, a person is lying down, wearing a red garment. In the background, other figures are visible, including one with a beard and glasses. A small, dark, rectangular vent is visible on a wall in the middle ground.

Memorias de **Cromañón**

Antología del concurso de cuentos

M
V
J

Memorias de Cromañón

AUTORES

Silvia Moscatel (primer premio), Pablo Hernán De Lucía (segundo premio).

Ignacio Daniel Cabral, Ivanna Natalia Cejas, Emiliano Ernesto Cerolini, Mariano González, Nicolás Jorge, Mara Mancho, Agustina Marenzana, Cintia Periz, Miguel Ángel Prestifilippi, Tomás Rodríguez, Eduardo Marcelo Soria, Silvia Gabriela Vázquez, Cristina Zamorano y Gimena Tamara Zotto (menciones).

JURADO

Raquel Robles, Pablo Ramos y Luciano Linardi.

Memorias de Cromañón

ANTOLOGÍA DEL CONCURSO DE CUENTOS

Concurso Memorias de Cromañón

Memorias de Cromañón : antología del concurso de cuentos ;

Prólogo de Matías Facundo Moreno ; Florencia Saintout. - 1a ed. - La Plata :

MEVEJU, 2025.

120 p. ; 20 x 13 cm.

1. Memoria. 2. Derechos Humanos. I. Moreno, Matías Facundo, prolog. II. Saintout, Florencia , prolog.

CDD A860



Subsecretario de Derechos Humanos: Matías Facundo Moreno

Dirección Editorial: Pablo Roesler

Edición y corrección de textos: Ramón Inama y Clara Becerra

Diseño gráfico, tapa e interior: Luciana Civit

Prólogo: Florencia Saintout, presidenta del Instituto Cultural PBA.

Imagen de tapa: Mural conmemorativo de Cromañón en el Estadio Único Diego Armando Maradona de La Plata realizado en diciembre de 2024, a 20 años de la masacre, por el Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, familiares y amigos de las víctimas.

©2025, Editorial MeVeJu.

Todos los derechos reservados.

IMPRESO EN IMPRENTAS DEL ESTADO BONAERENSE

La Plata, Buenos Aires, en el mes de diciembre de 2025.

Impreso en Argentina

Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires

Subsecretaría de Derechos Humanos

Calle 53 N° 653 esq. 8

La Plata, Buenos Aires, CP 1900

(221) 489-3960/63

editorial.meveju@gmail.com

<http://derechoshumanos.mjus.gba.gob.ar/editorial-meveju/>

Prólogo.....	11
Memorias de Cromañón	13
Primer premio	15
Yo estuve ahí	17
Silvia Moscatel	
Segundo premio	23
La persistencia del humo	25
Pablo Hernán De Lucía	
Menciones	31
El pedacito que quedó	33
Ignacio Daniel Cabral	
Sobre vivir.....	39
Ivanna Natalia Cejas	
Lluvia de estrellas	45
Emiliano Ernesto Cerolini	
Sala de espera.....	51
Mariano González	
Luciérnaga	55
Nicolás Jorge	

La noche que me llamó por mi nombre.....	61
Mara Mancho	
Canción de cuna	63
Agustina Marenzana	
Aquellas marcas como tatuajes.....	67
Cintia Periz	
Todavía acá	71
Miguel Ángel Prestifilippi	
Polvo negro	77
Tomás Rodríguez	
Destinos cercados	85
Eduardo Marcelo Soria	
La última canción del primer día	89
Silvia Gabriela Vázquez	
Quedó la luz.....	95
Cristina Zamorano	
Lo que nos queda del ruido	99
Gimena Tamara Zotto	
Homenaje.....	103
El aparecido	105
Luis Santana	
Epílogo.....	109

Prólogo

Nombrar a Cromañón como masacre no es un gesto retórico. Es una forma de decir con claridad que no se trató de un accidente ni de una fatalidad inevitable, sino de un hecho que marcó para siempre a una generación y a la historia cultural de nuestro país. La masacre de Cromañón dejó una herida profunda en la juventud argentina y en los modos en que una sociedad se relaciona con sus expresiones culturales, con sus espacios de encuentro y con las vidas que allí se ponen en juego.

Cromañón no puede pensarse únicamente como un hecho ocurrido en un lugar y en un tiempo determinados. Forma parte de una trama más amplia que involucra a la cultura como espacio de construcción colectiva, de búsqueda de sentido, de comunidad. Allí donde la juventud se reúne para crear, para escuchar música, para reconocerse en otros, también se pone en evidencia cómo una sociedad mira —o deja de mirar— a sus jóvenes. La masacre interpela no solo a las responsabilidades estatales, que existieron y deben ser señaladas, sino también a una dimensión más honda: la de una comunidad que no supo, no pudo o no quiso cuidar a sus hijos.

Frente a esa herida, la palabra aparece como una forma posible de elaboración colectiva. No para cerrar lo ocurrido ni para domesticar el dolor, sino para nombrarlo, para hacerlo circular, para impedir que se diluya en el silencio o en la repetición vacía.

Escribir sobre Cromañón es un acto de memoria. Es una manera de decir que lo que dolió sigue doliendo, y que ese dolor no es solo individual, sino social. La palabra, cuando se vuelve plural, permite construir sentidos compartidos allí donde hubo ruptura.

Desde el Estado provincial entendemos a la cultura como una política pública inseparable de los derechos humanos. Convocar a escribir sobre Cromañón es asumir que la memoria no se decreta ni se clausura, sino que se habilita. Que el rol del Estado no es administrar el olvido, sino abrir espacios para que las voces circulen, se encuentren y se reconozcan. En ese gesto hay una toma de posición ética y política: frente a la indiferencia, más palabra; frente al silencio, más memoria.

La memoria, sin embargo, no es solo un ejercicio hacia el pasado. Es también una condición para pensar el futuro. Que nuevas generaciones escriban, lean y se pregunten por Cromañón habla de una voluntad de transmisión que no busca cristalizar el dolor, sino sostenerlo en movimiento. Hablar de juventud es, también, hablar de esperanza. No como consuelo ni como promesa vacía, sino como una práctica concreta que se construye cuando se reconoce a los y las jóvenes como sujetos de palabra, de pensamiento y de historia.

Los textos que integran este libro forman parte de esa memoria viva. Son voces diversas que se suman a una trama colectiva, que no pretende cerrar sentidos sino abrirlos. Leerlos es un gesto de cuidado. Es asumir que la cultura es uno de los lugares donde una sociedad puede transformar el dolor en compromiso y la memoria en responsabilidad compartida.

Florencia Saintout
Presidenta del Instituto Cultural
Provincia de Buenos Aires

Memorias de Cromañón

La memoria es una de las columnas de la identidad argentina que nos han conformado como pueblo. Lo aprendimos de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, de los organismos de Derechos Humanos. Ellos nos enseñaron los caminos de lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Y de ellos aprendimos a no claudicar en la exigencia de justicia y a no dar ni un paso atrás en mantener viva la memoria.

Y los pueblos aprenden. Por eso los pibes y pibas que sobrevivieron a la masacre de Cromañón, sus familiares, sus amigos, y los de las víctimas, lucharon, pelearon por justicia de manera ineludable; se aferraron con uñas y dientes a la memoria de los 194 que ya no están, que eran a la vez ellos y la juventud de su generación. Y lo hicieron desde el aprendizaje previo: para que nunca más vuelva a pasar.

Los cuentos que integran este libro forman parte del concurso Memorias de Cromañón que fue lanzado en diciembre de 2024 con motivo del 20 aniversario de la masacre y busca aportar a la construcción colectiva de sentidos con el objetivo de fortalecer la memoria y la visibilización de lo ocurrido.

Impulsar y acompañar estos proyectos que buscan promover, visibilizar y fomentar la identidad y la memoria de los bonaerenses es parte de las tareas que a partir de la asunción del

gobernador Axel Kicillof recuperaron la centralidad de las políticas públicas provinciales.

Es por eso es que desde la Editorial MeVeJu de la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y DDHH, junto al Instituto Cultural, acompañamos la realización del concurso y la edición e impresión de este libro, que enriquecerá el acervo cultural y de memoria para todas y todos las y los bonaerenses.

Matías Facundo Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos
Ministerio de Justicia y Derechos Humanos.
Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

Primer premio

Sobre la autora

Silvia Moscatel. Vive en Navarro, provincia de Buenos Aires y ha realizado publicaciones en Laberinto de estrellas, Por las huellas del arte, Luna llena correcciones, Faros del mar. Gold Editorial para antología "Siluetas de papel" con el cuento "Crónica de la oscuridad eterna", en su antología "Pétalos en la piel", el poemario "Vestigios del Fuego". Poemas en Letralia tierra de letras. Forma parte de la Antología de literatura americana América Literaria 3.

Yo estuve ahí

Silvia Moscatel

*“La memoria es una herida que no cierra,
pero de ella nacen las flores.”*

Juan Gelman

Tenía diecinueve años. No era mucho, pero en ese momento me alcanzaba para creer que la vida se abría como una puerta que no se iba a cerrar nunca.

Había trabajado todo diciembre cargando cajones en un supermercado. Con el pago, compré la entrada: *Callejeros, República Cromañón, 30 de diciembre de 2004*. La doblé con cuidado y la guardé en la billetera como si fuera una reliquia.

Soñaba con esa noche desde semanas antes. La última del año, la que iba a marcar el comienzo de otra vida. Me probé tres veces la remera.

Mi vieja me dijo: “Llevá agua, va a hacer calor”.

Le prometí que la llamaría cuando termine el recital, que iba a estar bien, que no se preocupara tanto. Ella me miró distinto como si en esa mirada me estuviera guardando para siempre. La abracé y le sonreí. Fui con mis amigos del barrio: el Gordo, el Tula, la Negra. Nos reímos todo el viaje. El subte iba lleno, la ciudad parecía arder de calor y de música. Había chicos con remeras de la banda, banderas pintadas, botellas de gaseosa

mezcladas con vino. Algunos hablaban de la lista de temas, otros de chicas que querían ver. Yo pensaba en ella, en Sofía, que había dicho que tal vez venía más tarde, que le daba miedo el amontonamiento. Le dije que no se preocupara, que nos íbamos a encontrar igual. No sabía que nunca íbamos a poder hacerlo.

Llegamos temprano, pero ya había una marea de gente empujando contra la puerta. El aire olía a transpiración, ardía como un presagio.

Cuando entramos, me impresionó lo bajo del techo, el calor pegajoso que se acumulaba. Era un calor vivo, de esos que hacen sentir que estás donde tenés que estar.

Nos metimos entre la multitud, lo más cerca posible del escenario. El sonido de las guitarras afinando... Cuando se apagaron las luces, un rugido recorrió el lugar. El baterista levantó los palillos y el mundo estalló. Todos saltábamos, abrazados, gritando.

La primera canción fue “Distinto”. Nunca supe qué ironía del destino decidió que esa fuera la primera. Después vino “Prohibido”, cada tema era una descarga eléctrica.

Las bengalas se encendían como estrellas robadas del cielo. Yo vi una, apenas una, subir al techo. Y el techo, como si tuviera sed, la bebió.

Primero una chispa. Después una lengua roja. Después, el infierno.

No lo entendimos enseguida.

Alguien gritó “¡fuego!”, los demás seguían saltando, creyendo que era parte del show. El humo empezó a bajar en círculos. Una sensación de encierro nos mordió el pecho. El lugar completamente a oscuras. El calor dejó de ser alegría y se volvió miedo.

Corrí.

No sabía hacia dónde.

Empujé a alguien, me empujaron a mí.

Vi una chica caer.

Vi a un chico levantarla y desaparecer entre el humo.

El aire se volvió una piedra. Tosí, sentí la garganta arder, los ojos quemarse.

Busqué una salida, una rendija, una puerta, cualquier cosa. Grité el nombre de mis amigos, pero el sonido no salía.

Solo quedaba el ruido de los cuerpos chocando, los golpes, los gritos, los rezos.

El humo era tan espeso que el mundo se volvió negro.

Me caí. Sentí una mano agarrarme. No sé cuánto tiempo estuve ahí perdido entre el caos. Y después nada.

Nada.

Desperté en otro sitio. No había fuego, ni ruido, solo un silencio blanco, hondo. Intenté hablar, pero mi voz era un eco mudo.

Vi mi cuerpo abajo.

Vi a un bombero arrastrándolo, una linterna sobre la cara.

Vi a mi madre llegar al hospital.

Vi al Gordo en una camilla, con los ojos abiertos y vacíos.

Vi las noticias en los televisores: 194 muertos.

Y mi nombre entre ellos.

Desde ese día ando por los lugares donde me nombran. A veces me quedo junto a mi vieja, que todavía se despierta gritando mi nombre. Le acaricio el pelo, aunque no lo sepa.

Otras veces camino por Once, donde estaba el boliche. Ya no queda nada del lugar, pero en el aire todavía se escucha algo, un eco que no se resigna.

Veo el santuario. Las zapatillas colgadas, las fotos, las cartas plastificadas.

Mi cara está ahí, entre tantas. Un pibe de mirada limpia, congelada, que no sabía que iba a morir antes de los veinte.

A veces se acercan madres, padres, amigos. Limpian el polvo de las fotos, cambian las flores. Los veo llorar sin lágrimas, hablarle al vacío.

Yo respondo. Les digo que sí, que estoy, que no los dejé. Pero también les digo que duele. Que el olvido es una segunda muerte, más lenta, más cruel.

Escucho los discursos.

Los políticos, las promesas, las causas archivadas. Escucho a los que todavía dicen “fue un accidente”. Y siento cómo la rabia me atraviesa, incluso sin cuerpo.

Accidente fue no poder abrazar a Sofía.

Lo nuestro no fue accidente: fue abandono. Puertas cerradas, matafuegos vacíos, avaricia disfrazada de fiesta. Eso fue.

A veces, cuando cae la noche y las velas del santuario titilan, veo venir a los que sobrevivieron. Algunos caminan encorvados, otros con los ojos todavía llenos de humo. Hablan en voz baja, como si el aire todavía tuviera miedo de escuchar. Uno toca una guitarra. Canta una canción rota: “Una nueva noche fría”. Y por un instante, todos volvemos a estar juntos.

No hay tiempo acá.

Pero hay memoria.

Y la memoria tiene olor a cera y a flores secas.

Cada vez que alguien pasa y deja una vela, el fuego se enciende otra vez. No quema: ilumina. Es el incendio que reclama, que se niega a apagar.

Mi vieja viene los 30 de cada mes. Cambia las flores, me acaricia en la foto, me habla, me pide señales. Yo trato. A veces dejo caer una hoja, una brisa suave en su mejilla, una música que ella cree escuchar de lejos. Pero ninguna señal alcanza. Porque lo que ella quiere es que vuelva, y eso no puedo. La veo en marchas, con el cartel colgado del pecho: “Justicia por los pibes de Cromañón”. Camina despacio, pero con los ojos encendidos. A su lado hay otras madres, otros padres, otros nombres. Los reconozco a todos: éramos chicos de distintas esquinas, de distintos sueños, pero la misma edad de esperanza.

Y yo estoy ahí, en el aire, en el humo limpio de las velas, gritando con ellos. Porque no quiero reposo, ni gloria, ni homenaje.

Quiero justicia.

Quiero que el país que nos mató por descuido mire nuestra muerte de frente.

Que entienda que no fue solo fuego: fue corrupción, fue desidia, fue impunidad.

Algunos dicen que ya pasó, que hay que soltar. Pero ¿cómo se suelta algo que sigue ardiendo? Yo sigo viendo las sombras de esa noche: la puerta cerrada, los cuerpos apilados.

Nada pasa del todo cuando el Estado elige mirar para otro lado.

Quisiera volver a tener mis diecinueve, el sudor, la risa, la música. Quisiera volver a creer que el futuro existe. Pero el único futuro posible ahora es la memoria.

La memoria viva, la que incomoda, la que no se resigna a los monumentos.

Así que me quedo en el santuario, en la voz de mi madre, en los ojos de los que no olvidan. Por un instante respiro.

Y digo, desde el humo que no se disipa:

No me olviden.

No perdonen.

No callen.

Porque mientras haya justicia pendiente,

Yo todavía sigo ahí.

Segundo premio

Sobre el autor

Pablo Hernán De Lucía. Tiene 49 años. Vive en la ciudad de Campana y trabaja como bibliotecario en la Universidad Nacional de Luján desde hace 13 años. También se recibió de Licenciado y Profesor en Letras en la Facultad de Filosofía y Letras – UBA. Prefiere leer a escribir. Prefiere descansar en la orilla de algún río antes que hacer otras muchas cosas. Pero en un mundo plagado de injusticias no podemos darnos ese lujo. Al menos no tanto como quisiéramos. Nos organizamos y luchamos, aunque preferiríamos no hacerlo.

La persistencia del humo

Pablo Hernán De Lucía

No sé cuánto tiempo pasó. El aire sigue espeso, aunque ya no debería haber aire. El humo persiste como una forma de memoria, una sustancia tenue que conserva las formas de lo que fue. A veces pienso que el humo es lo único que sobrevive de nosotros, una materia casi sin peso que no se resigna a desaparecer.

Hay un ruido que todavía vibra, como si la banda siguiera tocando detrás de las paredes. Pero las paredes son otra duda, se deshacen si las miro demasiado. Acá todo es inestable, frágil, como si la realidad se hubiera quemado también. Intento respirar, pero el cuerpo ya no me responde con la obediencia que conocía. Tal vez ni siquiera tengo cuerpo, quizá solo conservo la costumbre de tenerlo.

Llegamos temprano aquella noche. Eso lo recuerdo con la precisión cruel de las cosas que no pueden cambiarse. Ella eligió la remera negra con letras rojas que había comprado en una feria de usados. Se pintó los ojos frente al espejo con esa concentración suya, ritual. Me pidió que no llegáramos tarde. Dijo que esta vez íbamos a estar cerca del escenario, “en el centro de la música”, como si el sonido fuera una forma de salvación.

La acompañé, medio riéndome, con ese escepticismo tonto de los que creen que hay muchas noches por delante. Todavía puedo oler el desinfectante mezclado con cerveza del baño del

boliche, esa síntesis entre lo limpio y lo sucio que solo la juventud acepta como parte de la fiesta. En la puerta había pibas y pibes cantando, otros fumando, todos empujándose con una ansiedad feliz. Nadie pensaba en el techo ni en los matafuegos. Nadie pensaba en nada.

Adentro, el calor era como un fuego que se alimentaba con el combustible de nuestra alegría. El cuerpo de cada uno parecía pedir permiso al del otro para existir. Transpirábamos antes de que empezara la primera canción. Ella saltaba un poco para ver el escenario; me agarraba la mano y me hablaba sin voz, con la cara iluminada por las luces. La música, cuando empezó, fue como si el mundo subiera de volumen: un golpe que atravesaba la piel.

Recuerdo las bengalas, ese brillo artificial que parecía inocente. Pienso ahora que toda tragedia empieza con algo que parece bello. Hubo un momento en que quise decirle algo —no sé qué—, pero el cantante gritó más fuerte, y las palabras se disolvieron antes de nacer. Después vino el fuego. No de golpe, sino como un lento amanecer. Primero el olor dulce del plástico que empieza a derretirse. Luego una chispa arriba, pequeña y temblorosa. Alguien gritó “¡apaguen eso!”. Otro dijo “no pasa nada”. Entre esas dos frases se escribió todo lo que vino después.

En segundos el aire se volvió negro. La oscuridad se volvió espesa, como un animal herido que respiraba con nosotros. Sentí su mano buscando la mía, apretó con fuerza, y en ese gesto estaba escrita nuestra historia entera. Empujamos hacia donde creímos que estaba la salida, pero el pánico tiene su propio mapa, y en él todas las direcciones son falsas.

El humo bajaba rápido, se metía en la garganta, en los ojos. Gente que caía, gente que gritaba, otros que golpeaban puertas codiciosas y cerradas.

Ella me soltó. O yo la solté. Todavía no lo sé. Recuerdo el momento exacto en que el ruido se apagó y quedé solo como

un pájaro que vuela en la noche. Busqué la luz roja del cartel de salida, pero ya no estaba o mis ojos no la veían. Después, nada. Nada, pero de una densidad infinita.

Cuando desperté —si a esto se le puede decir despertar— estaba en el mismo lugar, pero sin calor, sin gritos. Todo quieto, suspendido. El humo flotaba como una capa fina que no terminaba de irse. Caminé o creí hacerlo. Bajo mis pies había botellas rotas, zapatillas sucias, carteras abiertas. Cada objeto era una palabra suelta de una historia que no iba a volver a contarse.

Reconocí la esquina donde habíamos estado. En la pared, la marca de una mano: la palma extendida, los dedos separados. La mía. No sé si fue un intento de apoyo, de despedida o de súplica. Tal vez las tres cosas juntas.

La busqué. Al principio con desesperación, después con una calma que se parece al cansancio. A veces creo escuchar su voz entre los escombros, o una risa que reconozco con el cuerpo. Pero cuando la encuentro, no es ella. Son otras chicas, otros chicos. Caminan lento, algunos se sientan mirando hacia el escenario, como si todavía esperaran que empiece la próxima canción.

No hay tiempo acá. O hay un tiempo diferente, que no avanza ni retrocede, que se repite. Afuera —si es que existe un afuera— debe haber pasado todo: juicios, nombres, culpables, monumentos, olvidos. Acá adentro seguimos en el mismo acorde. La música no terminó.

A veces pienso que este es el castigo: revivir la espera, una y otra vez. No el fuego, no la asfixia, no los gritos aterradores, sino el instante anterior, cuando todavía creíamos que todo era posible. Ese momento eterno en que uno no sabe que ya está muerto.

De noche, o en lo que llamo noche, la veo cerca del escenario, donde empezó todo. Me acerco, le hablo. Le digo las mismas cosas que decía cuando estábamos vivos: pavadas, bromas, esas frases sin importancia que de repente se vuelven lo único que

importa. Ella me escucha, creo, pero se disuelve como humo. Cada vez que intento tocarla, toco la nada.

Ya no me enoja. La bronca necesita creer en un orden y ese orden ardió con nosotros. Entiendo que tal vez no está acá. O que soy yo el que no está, y ella me busca en otro lugar del mismo incendio. Tal vez haya cruzado ese límite que yo no supe cruzar (aún).

Sigo acá, entre los restos, entre las voces que no encontraron salida. A veces me pregunto qué me retiene. No es la culpa, o no solo eso. Es la necesidad de completar algo que quedó inconcluso. De terminar una canción que se cortó antes del último acorde.

La última imagen que tengo de ella es la cara vuelta hacia mí, los ojos bien abiertos, todavía con ganas de cantar. En su expresión había algo que no era miedo. Una comprensión. Como si ella hubiera entendido que ese era el final verdadero, y que yo todavía no lo aceptaba.

Sigo buscándola. No porque crea que voy a encontrarla, sino porque buscar es lo único que me queda. Es mi única y última forma de fidelidad. De decir que existimos, que hubo un nosotros.

El humo no se va. Flota insistente. Se mete en los recuerdos y los conserva como si fueran fósiles. A veces creo que afuera la vida siguió, que hay gente que pasa frente al edificio en ruinas sin mirar, o que mira y no entiende. Pero el humo también los alcanza. Se mete en los sueños, en las canciones que quedaron prohibidas sin que nadie lo dijera.

Nosotros seguimos acá, en este instante que nunca termina. No somos fantasmas: somos lo que el fuego no pudo consumir. Lo que insiste en quedarse.

Pienso en la palabra “persistencia”. En física, significa la inercia de un objeto que sigue en movimiento aunque la fuerza inicial haya cesado. Tal vez eso seamos: el eco tardío de un impulso, girando sin detenerse.

A veces, cuando la oscuridad es más densa, escucho el redoble del tambor, la guitarra que se desafina, la voz que grita una letra que todos conocíamos. Y por un segundo, el tiempo se dobla y vuelvo a estar ahí, con ella, saltando, riendo, creyendo que la vida era invencible.

Pero después el humo vuelve. Siempre vuelve.

Sigo pensando en las manos. En la mía, en la pared. En la suya, que se soltó o que yo solté. Tal vez ese sea el origen de todo: un instante de duda entre sostener o soltar. A veces la veo entre las sombras. Otras, me parece que está justo detrás mío, tan cerca que podría sentir su respiración. Me doy vuelta, y no hay nadie.

Hay momentos en que imagino que afuera alguien dice mi nombre. Que una madre, un amigo, alguien, me recuerda. Esa invocación es como una corriente que atraviesa el humo y me sacude. Dura poco. Pero mientras dura, algo en mí se mueve.

La memoria de los vivos es lo único que nos da forma. Cuando nos olvidan, el humo se espesa, nos borra. Por eso busco su mano: no por amor solamente, sino para no desaparecer.

Quizás eso sea la eternidad: un recuerdo que no se resigna.

Yo sigo acá. No porque no haya salida, sino porque no quiero irme sin ella. Si hay un más allá, quiero que empiece con nosotros dos cruzando juntos la puerta que aquella noche no pudimos alcanzar.

Hasta entonces, camino. O floto, o sueño que camino. Los objetos siguen ahí: la zapatilla solitaria, una billetera abierta con la foto de una nena, un vaso de plástico derretido. Todo conserva un calor antiguo, como si todavía respirara.

A veces pienso que el mundo entero se volvió una réplica de este lugar: la gente repitiendo sus días, corriendo hacia salidas que no existen, buscando aire en habitaciones cerradas. Tal vez la tragedia nunca terminó, solo se expandió.

El humo lo cubre todo, incluso las palabras. Pero escribo mentalmente, como quien deja señales en una pared invisible. Si alguien alguna vez escucha esto, que sepa que estuvimos acá. Que bailamos. Que creímos.

Y que aún en medio del fuego, hubo amor.

El resto —los juicios, el olvido, las noticias, los monumentos— pertenece a los vivos. Nosotros persistimos en otra forma. Somos la respiración suspendida de una noche que no se apaga.

El humo sigue. Y yo con él.

(En memoria de los que bailaron y no volvieron)

Menciones

El pedacito que quedó

Ignacio Daniel Cabral

Ayer te vi. No entero, claro; la vida se portó mal con vos. Pero te vi. Y me volvió el primer sacudón de libertad que me diste: el Gesell Rock. Me dijiste, con esa solemnidad impostada que te salía tan bien: “Para entrar a un festival de rock de verdad te tendrían que hacer recitar ‘El Viejo’ de Pappo, y si no lo sabés, no entrás”. El Carpo todavía daba vueltas con su Harley, no era una leyenda helada y lejana, pero vos ya lo habías mitificado. Siempre hacías eso con lo que valía la pena.

También me volvió la imagen, esa que a veces se me mete en los sueños, de la primera vez que fuimos a ver a Divididos. Estaban todos fumando porro, el humo espeso pegándonos en la cara, y vos, con la furia de una avalancha, les dijiste que dejaran de querer convidarme. Que yo era un nene, y que si no se dejaban de joder, ibas a arrancar a las piñas. Nadie te discutía. ¿Quién se iba a animar a discutirle a un tipo con esa convicción? Esa noche —esa noche maldita en la que fuiste para irte— vos me cuidaste. Eso es lo único que me queda. Pienso en eso y el pecho se me vuelve de piedra.

La semana anterior, el rock todavía era una fiesta entera. Habíamos ido a ver a La 25, la banda que yo amaba con devoción de quinceañero. Vos la mirabas con la ceja levantada, pero me respetabas lo suficiente como para llevarme igual. Fue cuando se

prendió fuego la media sombra, ¿te acordás? Cortaron el recital y tu cara se tensó. Miraste esa media sombra chamuscada como si fuera un presagio escrito para vos. No dejaste de vigilarla un segundo, pero no nos fuimos. Yo no quería, y vos no querías dejarme sin ver a La 25.

Al viernes siguiente, el de la noche fatídica, me dijiste que no. Que ese recital no. Y yo no te discutí. No solo porque nadie te discutía, sino porque yo te había visto la mirada. Esa mirada clavada en la media sombra. Yo confiaba en vos. Tenías esa inteligencia que ve la jugada antes, la que sabe cómo el delantero le come la espalda al defensor. Por eso, a pesar de ese miedo que me habías dejado flotando, esa noche me fui a dormir tranquilo. Con la tranquilidad idiota de un chico que confía en su guardián.

Pero fue como dice mamá, con esa amargura que no se le va desde hace veinte años: yo no pensé que, además de inteligente, eras tan solidario. Que no ibas a dejar a nadie tirado, mucho menos a unos pibes viendo rock. Y ese rock. No es que hoy no haya bandas, pero en ese momento el rock era trinchera, era bandera. Los Piojos, La Renga llenando River; la prueba de que éramos un montón. Y yo me sentía el tipo más afortunado del mundo cuando, al cumplir mis quince, el 12 de enero de ese 2004 fatídico, me dijiste: “Preparate, pendejo, que el mes que viene nos vamos al Gesell Rock. Ya hablé con mamá y con el tío; puedo faltar a la panadería el viernes y el sábado hago el turno de la tarde”.

Fuimos en colectivo, ¿te acordás? Lleno de metaleros barbudos y camperas gastadas. Creo que tocaba Iorio, pero no sé si era con Almafuerte o qué. Yo estaba aterrado y vos lo notaste al toque. Como siempre, un paso adelante. Le hablaste al más viejo de los metaleros, al oído, y el tipo —un gigante— pidió un aplauso para mí porque iba a mi primer festival. Una chica gordita, con esa ternura de las que saben, sacó un táper y me llamó. Pensé que

eran milanesas, pero no: pedazos de carne. Me hizo un ságuiche con una cantidad absurda de mayonesa. Vos, a la media hora, ya estabas organizando el micro para la vuelta, decidiendo qué camino tomar desde la estación al autocine. Siempre volvías a lo mismo: “El rock es un pacto. Si te pasa algo, pedile ayuda a un metalero. Ellos te van a ayudar”.

Siempre cuento la anécdota que me inyectaste desde que era un mocoso, de cuando mamá te llevó a ver a Los Redondos en Racing. Se armó el quilombo de siempre. Mamá, asustada, gritó: “¡No me empujen, carajo, que soy una señora!”. Y vino un tipo de dos metros, rompió la cadena de una puerta y le dijo: “Venga, doña, salga por acá”. Y ella salió ilesa. Vos habrás exagerado la historia mil veces, la habrás pulido como joya, pero mamá jamás te contradijo. A vos nadie te contradecía.

“Cuando echan a un presidente a piedrazos, todo se va a la mierda”, era tu frase para el país. Y sí, habían sido años bravos, pero últimamente tenías una lucecita de esperanza. Laburabas más, mucho más, en la panadería del tío, y llegabas tarde, molido. A mamá, sin embargo, eso la ponía contenta. Sabía que eran tiempos buenos. No la veía así desde antes de que papá se fuera y dejara ese hueco. Vos siempre jodías: “Acá el pan nunca va a faltar”.

Volviendo a Gesell: lo mejor fue que cerró Charly. Y yo lo amaba. A vos te parecía irónica mi devoción compartida por Charly y La 25, pero lo entendías: la música era alguien con algo que decir y que tocar. Ver a Charly por primera vez, aunque arrancara tres horas tarde, fue de las mejores cosas que me pasaron. En un momento nombró a María Gabriela. Yo sabía de quién hablaba, pero aún no tenía idea de lo que es la muerte, de cómo te atraviesa, de cómo te deja hecho un despojo. Todavía no.

Volvimos caminando a la estación, haciendo dedo por la Avenida 3. Solo a vos se te ocurría hacer dedo ahí. Nadie frenaba,

hasta que paró un Falcon destartado con un sticker gigante de la lengua de los Stones. Vos subiste, me miraste y te reíste con esa satisfacción enorme, como diciendo: “¿Ves? Siempre un rolinga, un metalero, te va a ayudar”. Y también tu otra frase: “Nunca le pidas ayuda a un profe de yoga”. Cuando llegamos a la estación, con los pocos metaleros que entraron al Falcon, subí al micro y dormí todo el viaje, desmayado de cansancio.

Ese año fuimos a un montón de recitales. Mamá no me dejaba ir a los que empezaban después de las doce, y vos respetabas su ley. Ese viernes, ese maldito viernes, no empezaba después de las doce, pero vos no me dejaste ir. Mamá dice que, de haber ido, no me habría pasado nada, que vos me habrías sacado. Pero agrega, con un hilo de voz que me perfora el alma, que vos habrías vuelto a entrar.

Hasta que un día mamá me llamó. Quería hablar a solas, lo cual era raro. Desde que me junté con Paula vivimos los cuatro en casa y todo estuvo siempre en calma. Paula cuida a mamá como si fuera su mamá. Pero esa tarde, me llevó al cuartito del fondo, donde guardo los cachivaches y la máquina de cortar el pasto. Se sentó y ahí, en la penumbra, me contó. Que había un pedacito tuyo por ahí, un secreto de veinticinco años, que vos sabías, pero del que te hiciste el boludo para siempre. Yo no lo podía creer. A mamá no le gusta hablar mal de vos, pero ese día se permitió un quiebre. Me dijo que te cagaste; que cuando Marisita te lo dijo, respondiste que no podía ser. Que por eso ella se enojó y se fue. A mí me dolió: Marisita me quería. Después de irse, ni me saludaba. Se habían ido a España. Al presidente lo habían echado a piedrazos y al padre de Marisa de la fábrica de antenas. El país se había ido a la mierda, como decías vos. Nunca supimos si la discusión había sido por el embarazo o por no querer irse del país. Pero nunca más supimos de ella. Y creo que vos tampoco.

La verdad es que después de que te fuiste, todo fue tan difícil que mamá no volvió a sonreír de verdad hasta que llegó Marti, mi hija. Pero ese día, en el cuartito, me dijo: “Si Marti tiene un primo, ¿no sería lindo que se conocieran?”. Yo, por un segundo, me enojé. ¿Por qué no me lo había dicho antes? Pero Paula, con la sabiduría de las mujeres que sostienen escombros, me cagó a pedos: “¿Cómo te vas a enojar con tu mamá? A tu mamá se le perdona todo”.

Pasé seis meses buscando: contando la historia en el barrio, llamando a España a números larguísimos, hablando con gente que no sabía dónde quedaba Parque Patricios. Perdimos la esperanza. El 30 de diciembre de 2023 era sábado y hacía un calor espantoso. Mamá, en su manera solemne de homenajearme, hacía empanadas de carne, tus favoritas. Compramos unas Quilmes heladas y así te honrábamos. Pero ese día, a diecinueve años de todo, el dolor se agudizó. Pensar en ese pedacito tuyo suelto por el mundo nos hacía mal, sobre todo a mamá.

Estábamos por sentarnos y Paula, con esa liviandad que a veces te salva, le dijo a Marti: “Traete un CD del cuarto del tío”. Aunque no te conoció, siempre le dijimos que tenía un tío rockero, que tal vez esté en el cielo. Fue a tu cuarto y agarró Rocanroles sin destino, el último CD que me habías regalado. Cuando abrí la cajita cayó un papelito. Un número. Reconocí al instante que era de España. Llamé. A la segunda vez sonó atendió Marisita. Veinticinco años después, reconocí su voz. Le dije mi nombre. Se quedó muda. Y yo también.

Ayer conocí a Julián. Tiene veinticinco años. Nació y vive en Madrid. Era su primera vez en Argentina. Se para igual que vos. Tiene tus manos. Tus cejas. Es increíble cómo el tiempo pasa, pero algunas marcas no. En él hay un pedacito tuyo, un eco. Es tristísimo que nunca se hayan encontrado. Pero es increíble que esté acá. Y más increíble que, apenas aterrizó, cuando volvíamos

en el auto, le ofrecí poner alguna banda de rock española y me dijo que los españoles no saben nada de rock.

Hoy es lunes. Me tomé el día. Hace veinte años que te fuiste y nunca volviste. En realidad, ahora sí. “La birra siempre helada”, como decías vos, le dije a Julián mientras se la servía, justo cuando mamá llegaba con la fuente de empanadas de carne que a vos tanto te gustaban.

Sobre el autor

Ignacio Cabral nació el 5 de mayo de 1989 en Mar del Plata, ciudad donde creció y reside actualmente. Su primera publicación fue *Tan vulnerables* (2016), seguida por *Montmartre* (2022). Todas sus obras han sido editadas de forma independiente.

Sobre vivir

Ivanna Natalia Cejas

El color amarillo del semáforo indica que solo me quedan segundos. Cruzo la Avenida Rivadavia a las corridas y en diagonal. Los autos se lanzan como niños que salen al recreo apenas el semáforo se pone en verde. Siento el viento de una moto que pasa detrás mío casi rozándome. Camino rápido. En la esquina de Anchorena y Rivadavia veo a los pibes de Lafe tomando birra. Paso por el frente. No los saludo. El tiempo corre y mientras más pasa, más difícil va ser conseguir el ramo de flores. Cuando ya estoy a más de media cuadra, escucho a Facu de Lafe que me grita: “¡Maurooooo!”; haciendo un movimiento con los brazos. Lo saludo con la mano y sigo de largo. Me da culpa no haber parado a saludarlos. La gente de Lafe es buena gente. Así dice Ariel, siempre que los ve. Es que el año pasado cuando nos robaron en Constitución y estábamos afuera de Cemento sin un peso, fueron ellos los que chamuyando con uno de los pibes que trabaja con la banda consiguieron que podamos entrar. “La fiesta es con todos” repetía Facu. Ya fue, los veo adentro.

El puente de Anchorena no tiene luz, de lejos parece una caja negra. Me siento un poco regalado, pero si doy la vuelta por el otro puente voy a perder un montón de tiempo. Bajo a la calle y meto un pique a toda velocidad. Una luz crece y una bocina de auto me hace subir a la vereda. Ya estoy en la calle Perón, el

cartel luminoso del telo me da tranquilidad. Estoy a dos cuadras, espero conseguir las putas flores.

La sofocación se siente como una fuerza que empuja sobre nuestras cabezas, pero la alegría de ver a la banda justifica cualquier tipo de malestar. No hay persona que no esté sudando en este lugar. A Romi la cara se le pone traslúcida como una sábana vieja. Antes de caerse se cuelga de mi cuello, le baja la presión. Camino a los empujones casi arrastrándola hacia el fondo a la izquierda de la torre de sonido donde se puede respirar mejor. Por suerte es tan menudita la enana, que no me pesa. Romi se sienta en un escaloncito. Me quedo a su lado sentado en cuclillas, tratando de hacerle aire en la cara con unos volantes que me dieron antes de entrar.

—Ya estoy bien, ya estoy bien —dice Romi tratando de que no me preocupe—. Dos temitas y vuelvo a agitar. Sólo me bajó un poco la presión.

—Vos estás loca —le digo, mientras señalo mi sien con el dedo índice y veo acercarse a Ariel.

—A tu hermana le bajó la presión, boludo. Quedate con ella que voy a pedir un vaso con agua.

A la derecha de la torre de sonido, hay una barra atendida por dos pibas y dos pibes que no paran de trasvasar botellas de cerveza a vasos de plástico.

—Esta birra está re caliente —reclama un tipo enorme con una remera de Sumo que parece que está por reventar.

—Es lo que hay —responde uno de los pibes de la barra mientras llena cuatro vasos a la vez.

A un costado de la barra, como mirando hacia la puerta de salida, una piba vende las remeras del show. Me arrimo para verla de cerca, su sonrisa me llama la atención. Su pelo lacio largo negro azabache le acaricia la remera fucsia batik cortita y apretada que deja entrever el borde de un tatuaje en la cintura

que no logro distinguir lo que es. Su sonrisa es brillante y sus ojos verdes. Lo que son esos ojos. Son dos faroles verdosos que completan la obra magistral de lo que es esta piba. Compró una cerveza caliente para envalentonarme y pido el vaso de agua para Romi.

Quiero tocar tu cielo, reinar en tu reino y enloquecer con vos...

Suena este temazo de fondo. Tomo un trago largo de cerveza caliente y la encaro de una.

—Morocha, sos la piba más linda de este lugar. Si mañana vengo y te pido casamiento ¿Que me decís? —le digo desvergonzado.

La piba larga una carcajada fuerte y me mira de arriba a abajo sonriendo. —Casamiento no sé, pero otra cosa podría ser, depende qué me traigas —me dice pícara mientras atiende a un pibe que quiere comprarle una remera a su hijo.

10:55. Mirá lo larga que la hice. El tren que me dejó tirado, el bondi que se me fue en la cara y el de las flores que lo tuve que ir a buscar a la otra punta. Una parte de mí piensa “ya fue, si me pierdo unos temas no pasa nada, total es la tercera noche seguida que vengo”, pero otra parte mía no quiere perderse nada, además Ariel y Romi ya deben estar adentro. A Romi le re cabe estar en la valla por eso siempre entra temprano, espero que hoy no se sienta mal.

Una bandada de palomas pasa cerca de mi cabeza, flasheo presagio por medio segundo, pero no le doy importancia. Sigo caminando bien rápido, ya casi estoy. Me río solo de pensar que le voy a ganar la apuesta a Ariel. Voy a llegar con el ramo de flores que conseguí en el cine del Abasto, la morocha me va a dar bola y Ariel va a tener que pagar un asado, él solo. Un vapor caliente sale del asfalto, como cuando se destapa una pava de agua hirviendo. Y si llego a salir con la morocha, le voy a decir de ir a la Costanera o a Caminito. ¿De qué cuadro será la piba? Ayer re cebado, no le pregunté nada. La bocina de un camión

de bomberos irrumpe en mis pensamientos, como cuando el despertador te saca de un sueño lindo. Una, dos, tres ambulancias. Empiezo a darme cuenta que todas van al mismo lugar que voy yo. Pienso en Romi y Ariel, una puntada aprieta mi pecho. Intento no pensar cosas feas y avanzar más rápido. Recuerdo que el finde pasado también se incendió Cromagnon y no pasó nada, esa idea me tranquiliza. Pienso en los ojos verdes de la morocha, que linda por Dios.

Las luces de los patrulleros me encandilan la vista. Entreabro los ojos y veo sobre una tarima de ladrillos una señora gritando desesperadamente el nombre “¡Sebastián!”. La voz desgarradora me eriza la piel. Las sirenas de las ambulancias como martillazos rebotan en mi cabeza, me tiemblan todas las partes del cuerpo. Dos tipos sin remera y con caras hollinadas corren desorientados. Gente mojada llorando, gente corriendo y gritando. Pienso en Romi, Ariel, la valla e imagino lo peor, solo quiero encontrarlos. Intento gritar pero no me sale el sonido, como en esas pesadillas en las que querés pedir ayuda y no tenés más voz. Quiero correr y no puedo, mis piernas pesan como dos bolsas de papa.

Dos policías demarcan un espacio con una cinta donde hay aproximadamente 6 o 7 cuerpos de personas desvanecidas. Una piba mueve uno de esos cuerpos, como queriéndolo despertar. Al lado de la piba, el cuerpo de un pibe con una remera blanca y verde de Laferrere es tapado con una tela finita, por una señora que le mueve la cabeza en dirección hacia donde yo estoy parado. Le cierra los ojos. Es Facu de Lafe, intento abalanzarme al cuerpo pero unas personas me sostienen. Dentro mío siento que algo se derrumba, como un castillo de naipes que se desploma y no deja huellas de lo que fue. Caigo de rodillas en el asfalto. Por un ratito, el cielo se oscureció aún más, como si las estrellas no hubieran querido presenciar la escena.

—Maurooooooooo, la puta madre —me abraza por atrás Romi salvándome de mi propio abismo interior, mientras grita, llora y me aprieta la cara como corroborando que sea yo de verdad. —Ariel, está dentro del lugar buscándote, boludo. ¿Dónde estabas? —la abrazo fuerte, vuelvo a respirar.

La culpa se convirtió en un monstruo que me atormentaba cada vez que intentaba hacer algo un poco luminoso. Los primeros tiempos fueron complicados. Una psicóloga del Hospital Posadas fue quien me ayudó a poner en palabras la angustia que me acechaba internamente. Después del velorio de Ariel, tardé años en volver a encontrarme con Romi. El abrazo de reencuentro con ella fue reparador.

Romi, al toque de la masacre activó con los sobrevivientes. Fue su manera de sanar. De hecho, tuvo a su hijo Tobías con un compañero de la organización que también perdió un hermano. Tobías desde un primer momento me adoptó como su tío y para mi ser su tío se convirtió en una manera de honrar a mi amigo Ariel. Tobi hoy es mi debilidad y él lo sabe. Sumarme a la organización de sobrevivientes donde está Romi me permitió conectar con Cromañón desde otro lugar porque cuando los dolores son compartidos duelen menos y cuando hacés algo constructivo con ellos se siente bien.

Noviembre 2024 - Escuela Primaria N° 3- Ciudadela

—Chicos y Chicas, les pido que se acomoden. Hoy tenemos unos invitados que nos van a compartir una historia que pasó hace casi 20 años en el barrio de Once —explica con paciencia la maestra Laura de 4to grado.

—Sí, señor, él es mi tío Mauro y vino a contar la historia de la chica de los ojos verdes —interrumpe Tobías emocionado señalando a su tío.

—Yo soy Mauro, el tío de Tobías —interrumpe a su sobrino dando un paso adelante. —Y hoy venimos a contarles una

historia donde los únicos superhéroes son los amigos ¿Ustedes tienen amigos?

Sobre la autora

Natalia Cejas tiene 41 años. Es murguera y docente. El rock le ha dado muchos momentos de éxtasis, algunos de oscuridad pero sobre todo le ha regalado a sus amigxs de toda la vida, quienes son su fuente de inspiración cotidiana.

Lluvia de estrellas

Emiliano Ernesto Cerolini

A veces, cuando uno pierde a una persona demasiado temprano, la termina santificando, como si perderla le diera un valor agregado. Como si ese ser querido, o tal vez ni siquiera tan querido como uno cree, terminara brillando más, tal vez muchísimo más, solo por su ausencia.

Sol nunca fue mi mejor amiga. Éramos amigos, sí, nos conocíamos del colegio y nos llevábamos bien, pero ninguno representaba una persona tan importante para el otro. Por mi parte, siento que no le prestaba demasiada atención, incluso aunque fuéramos compañeros de curso. Raro, porque después, en retrospectiva, cuando ya no pude parar de pensar en ella nunca más, me acordé siempre de su aspecto, de su estética, a la que jamás le había dado importancia aunque fuera bastante llamativa. Me acordé de su pelo castaño y enrulado que casi le llegaba a la cintura, de su flequillo rolinga, de la ropa oscura que usaba siempre, de sus botas negras con plataforma y del puchito que siempre tenía encendido en la mano largando humo y dando olor. También reparé más en que Sol tenía una personalidad magnética, con sus comentarios irónicos, su seriedad casi inquebrantable y la risa fuerte y contagiosa que casi nadie sabía sacarle, las anécdotas bizarras y hasta a veces poco creíbles que contaba. Siempre me

quedó la duda de si todas esas historias que narraba eran suyas o si algunas las inventaba o se las robaba a alguien más.

El mayor nexo que tenía con Sol, lo único que tal vez ahora yo podría pensar que hacía más o menos especial a ese vínculo, es que los dos amábamos la música. No tanto interpretarla, yo apenas toco la guitarra y ella directamente no sabía tocar ningún instrumento. Lo que nos gustaba era consumirla. Yo podía pasar horas en mi cuarto escuchando disco tras disco en mi equipo sin hacer nada más que mirar el techo. Sol iba a cuánto recital podía. En realidad, a cuánto recital le permitiera ir lo poco que sumaba de plata entre lo que le daba su vieja y lo que ganaba en el laburo (trabajaba en un café de Congreso). Ella escuchaba casi exclusivamente rock nacional, y dentro del rock nacional lo que más le gustaba era el rock barrial. Yo escuchaba cosas bastante más variadas, pero eso no impedía que, a veces, intercambiáramos los CDs que nos comprábamos y hasta nos enojáramos porque tardábamos una banda en devolvérselos. Eso era lo más íntimo que teníamos. Si Sol llegaba a escuchar algo que no fuera del palo de La Bersuit o Los Piojos o Viejas Locas era porque justamente se lo había compartido yo.

De vez en cuando, las veces que hablábamos en los recreos (que no eran demasiadas), Sol me insistía para que algún día fuera con ella a algún recital. A mí solo me lo decía, porque nuestros amigos eran más de salir a bailar y no tanto de ir a conciertos o a boliches en los que tocaran bandas. Sol era la única. El día que por fin acepté ir, después de posponerlo durante mucho tiempo, fue porque el recital al que terminamos yendo, que era de Callejeros, Sol lo eligió para festejar su cumpleaños diecisiete. Ella nació justo a fin de año, el 31 de diciembre a la madrugada. Iba a esperar conmigo a que se hicieran las doce en el recital, que fue el 30 a la noche.

Me impresiona pensar que el único concierto al que fui en toda mi vida haya sido el de la tragedia de Cromañón. De todos los recitales y todos los boliches a los que podría haber ido en mi adolescencia, justo fui a ese. Ese y nunca más. Ahora siento que ni siquiera podría ir a un concierto en el campo más amplio y extenso bajo el cielo más abierto y despejado del mundo.

Con Sol arreglamos que yo la pasaba a buscar por el bar de Congreso en el que ella laburaba, y de ahí nos tomábamos el subte A hasta Once, donde actualmente se encuentra el edificio en el que funcionaba Cromañón. Ahí hicimos la fila, yo tranquilo y ella con una impaciencia que se le notaba en la cara. Cuando ya estuvimos adentro, fue como si Sol me hubiera pasado a mí la sensación de ansiedad, porque yo me empecé a impacientar bastante rápido, quería escuchar tocar a Callejeros y no me interesaban tanto las canciones que tocaba la banda que los teloneó, que se llamaba Ojos Locos. Sol en cambio estaba re en una, si ya estaba así de emocionada por esta banda, que era solo la telonera, ni me imaginaba cómo iba a estar cuando entrara Callejeros.

Estábamos bastante lejos del escenario cuando Ojos Locos terminó de tocar. Sol me agarró de la mano, me dijo “vení” y me arrastró hacia adelante para acercarnos más. Se empezó a escabullir entre la gente tirándome de la mano. Le tuve que pedir que parara. “Sol, ¡Sol!”, le dije. No me escuchó, y nos terminamos soltando la mano. Hasta hoy me pregunto si el que soltó fui yo o ella. Traté de levantar la cabeza entre la multitud poniéndome en puntas de pie y no la vi, y que ella fuera petisa no ayudaba tampoco. La terminé perdiendo de vista. Se la tragó el mar de gente. Debe haberse adentrado cada vez más y más en el boliche.

Después vino la lluvia de estrellas. Sí, el incendio, yo lo sentí así y así me sale describirlo desde siempre, como una lluvia de estrellas que caían de un cielo de fuego. Fue ahí, cuando toda la media sombra que colgaba del techo del boliche terminó de caer en

forma de brasas, que se empezó a llenar todo de humo, y encima, se cortó la luz. Yo no me desesperé instantáneamente, porque, en realidad, no entendía bien lo que estaba pasando. Estaba perdiéndísimo. No me había alejado tanto de la entrada antes de que nos soltáramos la mano, así que por suerte, no tardé tanto en salir. Aunque no se viera casi nada por el humo y la falta de luz, solo tuve que dejarme llevar por la marea de gente que se apelotonó frente a las puertas que conducían al pasillo que daba a la calle. La desesperación me llegó ahí, cuando vi que no todos estaban pudiendo salir porque algunos de los portones estaban bloqueados. La multitud las terminó abriendo de tanto empujar y forcejear. Esos momentos, entre que cayó la media sombra encendida y que las puertas que daban al pasillo se abrieron a la fuerza, en mi cabeza duraron horas, las horas más largas de mi vida.

Cuando ya estuve afuera, el aire limpio y fresco de la noche me pegó de lleno, se sintió como la primera bocanada de oxígeno que uno inhala después de haber aguantado la respiración debajo del agua la mayor cantidad de tiempo que le permiten los pulmones. Seguía desorientado. Y desesperado también, volvió la desesperación cuando me di cuenta de que Sol seguía adentro. Ahí vi que varios, al ver que sus amigos no habían salido, se volvían a meter al boliche para salvarlos. Me angustia acordarme de esas personas. Me angustia porque me aterra pensar que, incluso si hubiera podido pensar lo más en frío posible las cosas en una situación así, cosa que no pude hacer por lo shockeado que estaba, incluso si hubiera estado más despierto y más lúcido, yo creo que por nada del mundo me hubiera animado a volver a entrar a salvarla a Sol. A veces reprimo esa certeza que tengo en el fondo, porque ni siquiera es una pregunta, es algo que sé y que admito, que soy un cobarde.

Así que simplemente la esperé, llorando porque estaba adquiriendo cada vez más consciencia de lo que estaba pasando,

y porque ninguna de las personas que salía escapando de ese infierno en el que se había convertido el boliche era Sol. Tampoco era ninguna de las personas inconscientes (o quizás muertas) que sacaban los bomberos, paramédicos y voluntarios espontáneos en camillas o cargándose entre muchos o incluso en solitario, héroes que se cargaban víctimas en la espalda. Yo no fui un héroe. Tampoco una víctima, porque después de la tragedia quedé casi impecable y ni necesité ayuda médica.

Ni Sol ni yo teníamos celular, así que llamarla por teléfono no era una opción. Lo único que pude hacer fue gritar su nombre, gritarlo bien fuerte, hasta que apareciera, o hasta que me quedara sin voz. Al final me quedé sin voz. Esa noche perdí la noción del tiempo. Ni siquiera me acuerdo hasta que hora me quedé, solo me acuerdo que para cuando me fui todavía era de noche y que estuve dando vueltas por la calle de Cromañón hasta que los bomberos y paramédicos me dijeron que ya no quedaba nadie dentro del boliche cuando les pregunté. Entonces Sol no estaba.

Una chica me prestó su teléfono para que pudiera llamar a casa y avisarle a mis viejos que estaba sano y salvo. Llantos de alivio. “¡Ahora mismo te pasamos a buscar, hijito!” Después intenté llamar al teléfono de línea de la casa de Sol para hablar con su mamá. No me contestó. Llamé una segunda vez. Nada. Mis viejos me pasaron a buscar en auto y volvimos a casa. No pude dormir en toda la noche, y a la mañana siguiente no me animé a volver a llamar a la mamá de Sol. No quería saber qué le había ocurrido a mi amiga, porque esperaba lo peor. A la tarde por fin tomé coraje y llamé. Llantos de agonía que me contagió. Pero lo peor no fue eso, lo peor fue lo que me dijo. No supe cómo tomarme la respuesta que me dio: me contó que se había pasado la madrugada entera buscando en la morgue y en los hospitales a los que habían dicho por televisión que habían trasladado a las víctimas. Y me dijo que Sol no estaba en ningún lugar, que no había encontrado ningún cuerpo. Nada. Sol no estaba.

Ciento noventa y cuatro. Ese fue el número de víctimas registradas de la tragedia de Cromañón. Y Sol no cabía dentro de ese número, porque nunca se encontró su cuerpo, ni supimos jamás qué le pasó. Su mamá denunció la desaparición en la comisaría ese mismo día. Nunca se halló rastro alguno. A mí me investigaron, y no pude ayudarles en nada, no pude aportar nada. Las últimas veces que vi a la mamá de Sol, además de triste y sufrida, la noté bastante enojada, enojada conmigo, como si me tuviera bronca, como si yo le hubiera hecho algo a Sol esa noche. No. El problema fue justamente lo que no hice.

Aunque muchos quieren reabrirlo como sitio de memoria, Cromañón actualmente permanece cerrado. A veces siento que Sol está ahí adentro, que el boliche se la tragó y ahora es parte de él y como los portones están bloqueados no puede salir y no hay nada que se pueda hacer. O por ahí está en algún otro lado, como si esa noche macabra se hubiera escapado en el medio del quilombo y se hubiera ido para que nunca más la vieran (pero, ¿para qué haría eso?). O por ahí no está. O por ahí sí. Quién diría que la posibilidad de que esté viva en alguna parte sería más tortuosa que saberla muerta y enterrada, con su memoria preservada en un cartelito con su nombre, su edad y su cara, en la puerta de Cromañón.

Pero no más tortuosa que saber que a Sol la podría haber querido más, mucho más, antes de perderla.

Sobre el autor

Emiliano Ernesto Cerolini nació en Vicente López en enero de 2007. Se enganchó con la escritura en quinto año del secundario gracias a una profesora con la que vieron en clase los cuentos fantásticos de Cortázar y el realismo mágico de García Márquez.

Sala de espera

Mariano González

Empecé a escuchar a varios médicos hablar y sentí terror. No por lo que decían, sino porque yo no podía contarles que había empezado a estar consciente. Intenté mover los ojos, los dedos, y nada. Creí que podrían llegar a cortarme y que sentiría un dolor tan intenso que me mataría. Mientras me preocupaba por eso, empecé a recordar una infinidad de cosas: gente que bailaba, una música que era un deleite para mis oídos, hermosos juegos artificiales que hacían que la fiesta fuera fabulosa.

En un momento sentí algo que me salió casi desde la panza. La arcada fue tan grande que comencé a vomitar. Ahí me dieron vuelta rápidamente para que no me ahogara, y sospecharon que yo los estaba escuchando. Me hablaron y pude responder, me preguntaron mi nombre, la fecha, otras cosas más y si sabía dónde me encontraba. Esa última pregunta la tuve que pensar un poco. Por lógica, respondí que estaba en un hospital, y ahí me repreguntaron si recordaba dónde había estado anteriormente. “En el recital de mi grupo preferido”, les contesté yo. Los que ahí se tomaron un tiempo para responder fueron ellos, es más, no los escuché decir ni una palabra, y cuando pude abrir los ojos vi que se miraban entre ellos. Uno de los doctores atinó a decirme “Te tuvimos que intubar, pero quedate tranquilo que ya estás bien, solamente te vamos a dejar en observación.”

Intuí que esas palabras tenían como objetivo tranquilizarme, pero no me provocaron eso, sino más bien todo lo contrario. Les pregunté si sabían dónde estaban mis amigos y mi hermana y me contestaron que después de que descansara un par de horas me informarían.

Me dejaron solo, en la sala había mucha luz, tenía pegado en mi cuerpo muchas cintas, y era consciente de que cuando me las quitara me arrancarían todos los pelos y eso me provocaría mucho dolor. Una mascarilla me daba aire que me permitía respirar. Me dolía el cuerpo, noté que tenía algunos moretones. Alguien se acercó, me tomó la fiebre y la presión, supuse que volaba de temperatura porque me sentía acalorado. Miré un reloj de pared, el tiempo parecía no avanzar nunca. Lo único que podía hacer era pensar, y me di cuenta de que en pocos minutos había imaginado cosas que me llevarían días enteros contarlas en su totalidad.

En un momento escuché que dijeron por ahí “Este tuvo suerte”, y eso me generó una irritación violenta, ya que, si estar así era afortunado, no quería ni pensar lo que sería haber caído en desgracia. Comencé a querer incorporarme, a desprenderme de tantos cables, cosas extrañas que molestaban mi cuerpo, y ahí una mujer sumamente amable se me acercó y trató de calmarme. Darle cuenta de que contaba con una psicóloga hizo que me preocupara aún más. Como a ella la noté bien predispuesta a conversar le pregunté dónde estaban mis amigos y mi hermana.

“Todavía no sabemos, pero quedate tranquilo que apenas sepamos algo te lo vamos a contar”. Ella trataba de no hablarme del tema poniendo como prioridad a mi supuesto estado de bienestar. “En pocas horas te vamos a llevar a una habitación”. “Los médicos dijeron que no tenés nada”. “Fue solo un susto”. Frases que repitió más de una vez.

Siempre creí que el psicólogo trataba de hacer que uno le ponga palabras a sus pensamientos y emociones, y en este caso, era la

profesional la que no se animaba a contarme lo que verdaderamente ocurría. Después de varias horas de estar en la pieza me empecé a poner triste, no entendía por qué mi papá y mi mamá no estaban a mi lado, solo como un perro. Instintivamente no me puse mal porque mis amigos no estuvieran junto a mí; desconfié de la fidelidad que me tenían.

Intenté despejarme un poco mirando televisión, pero una enfermera me dijo que se habían robado su control remoto y que no tenían otra manera de encenderla.

Escuché llorar a mi mamá afuera de la habitación, sus lágrimas me parecieron excesivas para lo que me estaba ocurriendo. Me di cuenta de que la puerta de la habitación se abrió, alguien suspiró y la volvió a cerrar. Cinco minutos después, con el aire contenido y una sonrisa falsa, entró mi papá.

Tenía una alegría inmensa, derrochaba optimismo, se lo notaba festivo, nunca lo había visto así. Era obvio que quería tratar de alegrarme.

Me conversó de cómo pasaríamos la navidad, del estado del tiempo, fútbol, economía, pero un momento dado como que amagó a decirme algo. Se quedó con la palabra en la boca y se fue, mientras tanto yo me preguntaba por qué mi mamá no me había venido a ver.

Tuve el instinto de asomarme por la ventana, como queriendo buscar algo, y observé a muchos periodistas cortando la calle. Noticias de fútbol no había, el torneo ya había finalizado, entonces me incliné a pensar en que alguien importante se había muerto, ya que eran muchos para cubrir algo trivial como un problema de salud. Mi imaginación fue más allá y consideré que debido a la cantidad que eran podrían haber habido un accidente automovilístico y que varias personas hubieran perdido la vida. Acordándome de las cosas que me había contado

mi papá no lo creí, ya que de haber sido así, seguro que me lo hubiera informado.

Sobre el autor

Mariano Martín González es licenciado en Comunicación Audiovisual - U.N.A. Es la segunda antología en la que participa, la primera fue “Había que creer”, de editorial Thelema. Dirige “Artificial sí, perfecto no”, obra de teatro breve escrita por él.

Luciérnaga

Nicolás Jorge

Dispongo los tronquitos como nos enseñó papá. Armando una especie de casita con los pedazos más grandes abajo, de manera que se forme un hueco para poner un bollo de papel de diario y circule el aire. Arranco el fuego y los primeros destellos de los chisporroteos me hacen acordar cuando, con Marquitos, jugábamos a la luciérnaga. Un juego que nos habíamos inventado de chicos.

En primavera o verano, si el clima estaba bueno, mamá nos dejaba armar la carpa canadiense en el patio de casa y nos preparaba pochoclos. Al despedirse, mamá siempre me decía “Juan Pablo... prométeme que se van a acostar temprano y no vas a asustar a Marquitos”. Con el enano llevábamos las bolsas de dormir, algún libro de Stephen King o Los cuentos de la Cripta y las linternas. Nos quedábamos hasta tarde leyendo historias de terror o jugando a nuestro juego. El que salía de la carpa hacía de luciérnaga y se escondía en la oscuridad del patio. Cuando el otro salía, tenía que encontrarlo sin ayuda de la linterna. La regla de oro era que la luciérnaga, de vez en cuando, debía hacer un breve pestañeo con la luz de su linterna para dar pistas de su ubicación hasta ser encontrado. Nos matábamos de risa.

El chisporroteo mermó. El fuego está bien armado. Me acercan la bandeja con la carne cruda y empiezo a pensar cómo la voy a disponer en el espacio que tengo en la parrilla. El fuego crece

y el impacto de temperatura en el pecho descubierto me hace acordar al calor que hacía esa tarde de diciembre en la casa de Villa Raffo. Mamá preparaba un vitel toné con mucha dedicación. Mientras le daba los toques finales desperdigando alcaparras a la fuente me dijo “¡Ya te dije que no Juan Pablo! De ninguna manera podés llevar a Marquitos. Es muy chico todavía. Él va a ir a dormir a lo de un amigo del cole”.

De fondo, desde el umbral del living y sin que mamá lo viera, el enano juntaba las manos en forma de rezo pidiendo por favor y me ponía cara de perrito mojado.

A la tardecita, antes de irnos, mamá nos dio 10 mangos a cada uno. A mí para que volviera en taxi y no me tomara un colectivo tan tarde y a Marcos para que no cayera con las manos vacías en la casa de su amigo. Antes de irnos insistió “Juampi, prométeme que lo acompañás hasta la puerta y no te vas hasta asegurarte que haya entrado”. Nos fuimos caminando de casa y en Av. América subimos al 105 en dirección Capital Federal. Supuestamente en Av. Acoyte deberíamos haber bajado para llevarlo a lo de su amigo Agustín, pero no. Seguimos de largo juntos en el 105. El enano me había convencido. Los amaba tanto como yo. Y un poco era mi culpa. Todo ese 2004 en la habitación que compartíamos, le taladré la cabeza con los discos “Presión” y “Rocanroles sin destino”. Así que nos bajamos en Bartolomé Mitre y Anchorena, a una cuadra de Cromañón.

Yo había ido un par de veces ese año a ver Jóvenes Pordioseros y Ojos Locos, así que conocía el lugar. Pero también, enseguida me di cuenta que la gente que había ese día era demasiada. Nunca lo había visto así. No era normal el abarrotamiento y las dificultades para caminar. Pero para Marquitos era su primera vez. Su primer recital. Estaba extasiado. Le explotaban los ojos. Me preguntaba todo. Tenía 12 años, pero me agarraba de la mano como un nene de jardín de infantes a su padre. A cada ratito me

decía “¡Gracias Juampi, gracias! ¡No puedo creer que los vamos a ver!”. Después de mirar la situación, pensé que lo mejor iba a ser acomodarnos arriba. Abajo, cerca del escenario y en las barras no te podías mover. Así que enfilé para las escaleras y nos acomodamos contra la baranda para que el enano pudiera ver bien. Cuando se hizo la hora del recital, un tipo se subió al escenario y agarró el micrófono para calmar a la multitud.

—¿Y ese loco quién es? —me preguntó extrañado.

—Chabán, el dueño del lugar. Debe tener toda la guita este turro —le dije.

—Tiene más pinta de manicomio que de rico —me dijo desde su no tan inocente mirada.

Apareció Pato Fontanet. Apareció la banda. Apareció esa expresión en Marquitos que jamás voy a olvidar. Lo vi tan feliz, que la cagada a pedos de mamá iba a valer la pena. Sonaron los primeros acordes de “Distinto” y la gente estalló.

“A pensar, a reaccionar, a relajar, a despotricar. A decir estupideces. A olvidarme de olvidar, a recordar lo que vendrá. A arriesgar una y mil veces. A molestar, a ladrarte, a ser el preso de la celda estéreo de tu alma, rincón eterno de las palabras. A ser idiota por naturaleza y caer siempre ante la vaga certeza de que en esta tierra todo se paga. A consumirme, a incendiarme, a reír sin preocuparme, hoy vine hasta acá...”

—¿Qué es eso? —me preguntó casi gritándome al oído.

—Un boludo prendió una candela —le dije.

—Pensé que era una bengala —me respondió.

—Parecido... en vez de luz o fuego tira unas bolitas de luces —le expliqué.

Enseguida se cortó la luz y todo el mundo empezó a los gritos. Marquitos se abrazó a mi antebrazo “Tranquilo papá, pasa siempre. En un toque vuelve”, le dije para tranquilizarlo, pero algo olía mal. Esa tranquilidad no tardó en romperse. La confusión

y el terror se apoderó de todo muy rápidamente. Los empujones, los gritos, los pisotones. Un desastre. Agarré con fuerza a Marcos de la muñeca y le grite que esté tranquilo, que no lo iba a soltar. No me respondió, pero usó su otra mano para agarrarse de mi remera.

No se veía nada y el humo empezó a ser el problema principal. No se podía respirar y estábamos muy cerca del techo que emanaba humo y brasas. Tenía 17 años y una salida de emergencia era algo ignoto para mí en aquel entonces. Conocía el lugar de memoria, pero estaba muy lejos de la salida. Me costaba respirar. Como pude, levanté el puño del cuello de la remera para taparme la boca y nariz. Hice lo mismo con Marcos. Tardé muchísimo porque nos caímos dos veces. Nos pasaron por arriba unos cuantos, pero jamás lo solté. El mayor era yo, pero a esta altura estaba cagado hasta las patas. Cuando pude pararme, volví a agarrarlo con más fuerza que nunca, pero en algún momento, una estampida lenta y con exagerada presión, me escurrió la mano de Marquitos. Fue el instante más desesperante de mi vida. Hubiera pisado cualquier cosa por abrazarlo y cuidarlo. Imaginarlo solo en la oscuridad, muerto de miedo y con gente pasándolo por arriba, es una imagen que todavía hoy me persigue.

Agarrado a la baranda de la escalera donde lo perdí, se me ocurrió tantear en el jean el Nokia 1100 que traía conmigo. No era un juego, pero después de tantos años me tocaba hacer de luciérnaga una vez más: Encendí la linterna y tapando con la mano, hice el característico pestañeo sin dejar de gritar su nombre. Era inútil, no se escuchaba nada. Me ardía la garganta llena de hollín. Y así, intentando pronunciarlo, me fui apagando.

Gritando su nombre con la linterna en la mano.

Cuando abrí los ojos, entendí que estaba en una ambulancia conducida a toda velocidad. Tenía otro pibe tirado al lado mío y un enfermero que se ocupaba de ambos alternando la mascarilla

de un respirador. Me ardía el pecho, pero sentía que un hilo de aire me entraba por la nariz. Con un débil gesto le saqué el respirador de mi cara al enfermero y le hice señas con los ojos para que se lo pusiera al otro pibe. Quería gritar preguntando por Marcos, pero no me salían las palabras. Estaba adormecido, mis ojos pestañaban pesadamente y cada vez que los abría me estaban moviendo a un lugar diferente. Una tos repentina me sacó del sueño. Vomité negro al costado de mi cama. Estaba solo pero el griterío de ese lugar era infernal. Enfermeros y gente buscando gente corrían para todos lados. Cuando por fin se acercó un médico le pude decir “¿dónde está Marcos?”, me miró y dijo “tranquilo nene, es un milagro que estés vivo. Todo el mundo está buscando a los suyos. Ya va aparecer”. Y me metió un líquido en la sonda.

Lloré solo, con miedo y con una culpa que me comía por dentro en un hospital venido a menos. Desde mi improvisada habitación compartida, se podía ver que al final de un oscuro pasillo, una luz de seguridad titilaba como el pestañeo de una luciérnaga. Deseé que esos biombos de mierda que me rodeaban fueran la pared de la carpa canadiense y esa luz de seguridad fuera Marquitos jugando a que lo encuentre.

Doy vuelta la carne ¡Qué sonido hermoso! Grito para que vayan poniendo la mesa.

Se acerca mi hijo Santiago al grito de...

—¡Papá, Papá! ¡Mirá lo que encontré! Una linterna antigua —pienso en un niño con linterna en mano y no puedo evitar conmovirme.

—Juampi, dos cositas... prométeme que mi pedazo lo sacas bien cocido y que mañana me llevás a cobrar la jubilación —me dice mamá mientras apoya en la mesa una bandeja con ensalada mixta.

—Si viejita, quedate tranqui —le digo sonriendo.

De fondo se viene arrimando el resto con algunas botellas para el quincho.

—¡Ey Santi!, ¿sabés lo que son las luciérnagas vos? —le dice a mi hijo y me guiña el ojo.

—¡Sí tío Marqui! ¡Más vale!, los bichos de luz —responde Santiago.

Marquitos —sí, tiene 31 años, pero para mí siempre será Marquitos— agarra dos sillas y una manta del sillón para improvisar una carpa. Apaga la luz del quincho, agarra la linterna y se mete con Santi.

Con el mayor de los respetos a los 194 fallecidos el 30 de diciembre de 2004 en el boliche República Cromañón. Que el dolor de las familias y las secuelas de los sobrevivientes, cicatricen y encuentren paz en la búsqueda de justicia.

Sobre el autor

Nicolás tiene 36 años. Bahiense en Capital desde 2012. Recibido en Marketing y Publicidad. Fue redactor creativo y trabajó en equipos de comunicación. Hoy ejerce la paternidad por partida doble y la docencia en creatividad publicitaria.

La noche que me llamó por mi nombre

Mara Mancho

La primera vez fue un murmullo.

Un murmullo fino, como el silbido de una puerta entreabierta en medio de la noche. Después vinieron los pasos.

Eran muchos. Pasos que corrían, que chocaban, que buscaban algo que no encontraban. Yo estaba dormida... creo.

Pero ese sonido no venía de un sueño cualquiera: venía de un lugar que me llamaba por mi nombre.

El aire se espesó. Un olor agrio, casi metálico, me llenó los pulmones. Respiraba humo. Tosí en la oscuridad de mi habitación y, por un instante, ya no estaba allí: estaba en otro sitio, en un techo bajo que ardía.

Escuché gritos.

No gritos comunes. Eran los gritos que se graban en la madera, en los muros, en la historia. Gritos de chicos que no querían morir.

Una voz —una sola— se abrió paso entre todas las demás.

No sé si era de una mujer, de un chico, de alguien que apenas alcanzó a decirlo. Pero susurró mi nombre. Mi nombre exacto.

Y yo desperté con lágrimas que no sabía de dónde salían.

Me senté en la cama, temblando.

La ventana abierta dejaba entrar la brisa, pero el humo seguía dentro. Miro el reloj: 2:46.

Nadie en mi casa sabe nada. Pero yo siento que esa hora pertenece a otra noche, la de un 30 de diciembre que no viví pero que me habita.

Con los días, empecé a buscar respuestas.
Aparecieron rostros en blanco y negro.
Velas. Carteles con nombres.
194.
Números que no son números.
Son vidas.
Dicen que fue un recital. Que alguien encendió una bengala.
Que el techo —ese techo maldito— se prendió como si el aire
hubiera esperado ese segundo exacto.
Dicen que las puertas estaban cerradas. Que no hubo tiempo.
Dicen que no fue solo un accidente: fue negligencia, abandono,
silencio. Que hubo responsables. Que hubo juicios. Que hubo
lágrimas que jamás se secaron.
Y yo sigo soñando.
Sigo oyendo esas voces que no conocí, pero que me conocen a mí.
Siento que llevo en la sangre una historia que nadie me contó.
Como si hubiera heredado una memoria que no entiende de
fechas ni apellidos.
Tal vez fui hija de alguien que no salió de allí.
Tal vez solo soy una oyente más.
Pero algo que hay en mí responde cada vez que la noche me
llama. Y aunque no entienda del todo, prometo no callar.
Porque las voces de Cromañón no desaparecen:
Vuelven en los sueños, en los silencios, en cada corazón que
escucha.

Sobre la autora

Mara, 18 años.

Canción de cuna

Agustina Marenzana

*Si bien no había entrado en Bartolomé Mitre al 3000 aquel
30 de diciembre, yo estuve en Cromañón.*

Facundo Martínez Reyes

Que los cumplas feliz, feliz año nuevo. Me ahogaba en el líquido amniótico de mamá mientras otro bebé se ahogaba en el boliche. Nací con vuelta de cordón. 2004. Mamá gritaba, seguro. El trabajo de parto duró más de una hora. Calor infernal eso de parir en diciembre. Casi que soy la primera beba del año, pero me adelanté. Mamá estaba sofocada, con toallitas húmedas que en vez de refrescarla, le hacían sudar más el cuerpo. La boca le pedía agua. Era la Difunta Correa o eso parecía: si no fuera por la vuelta de cordón, yo ya hubiese estado prendida a su teta.

Salí. Sin aire. Morada. Las enfermeras no dejaron que mamá mirara, pero ella se levantó erguida como su miedo a perderme, a que me intercambiaran con otra beba. Reanimación. Dos o tres dedos en mi pecho. Tosí, respiré. Mamá igual. “Respiraste justo”, me sigue contando. “Justo ahí entraron todos”. Ambulancias, pibes, pibas. Les respiré en la cara. ¿Por mi culpa se quedaron sin oxígeno? Les robé el poco aire limpio que quedaba en el hospital. Las enfermeras corrieron a buscar gasas, camillas, paños fríos. Los mismos paños que habían apoyado en la frente de mamá.

Mi nacimiento salió en los noticieros, aunque nadie dijo mi nombre y apellido. No fue como el video de parto que me mostró el Tío Luis y que me traumó durante décadas: la cabeza de mi prima empujando. No fui la primera beba, fui la primera masacre. Salí con fuego en mis brazos, con plata en los bolsillos de mi enterito de jeans para coimearlos a todos. Pibes y pibas entraron mientras mamá paría y mi cabeza empujaba. Creo que fue ahí cuando una beba, otra, se quedó sin respiración, justo en el momento en que mi cordón venía dado vuelta y la partera, sin escuchar a la madre que gritaba en el boliche, me reanimó. ¿Fue por mi culpa? Mamá se levantó de la cama rápido, la desocupó, me sacó de la cuna. Seguro, aliviada de que la asfixia ya no estaba, de que mi cuerpo empezaba a tomar color. Mamá se cargó el bolso al hombro, me cargó algo egoísta, haciendo un gesto como de los que se van con vida. Que una beba naciera para esas fiestas ya era un milagro y yo estaba viva. Caminó a casa en ojotas. ¿Corrió para que ningún monóxido la alcanzara? Dejó atrás los cuerpos que empezaban a pegotearse, mientras mi piel sucia, grasosa, se pegaba a su camisón.

Mamá siempre habla de eso, de que respiré justo, de que en mi época, pero más en la de mi hermano, a los chicos los cambiaban. Te daban uno cualquiera, ajeno a tu útero. ¿Estoy en otra familia? Capaz por eso nunca me festejan el cumpleaños. Es complicado cumplir cerca de las fiestas. Mis amigas siempre faltaron por estar con su familia en Mar del Plata. Mamá nunca me hizo una torta ni me compró esos gorritos que se usan para las fotos. Debería habérsela complicado menos, haber nacido en otra fecha. Una vez me dijo “qué mina complicada que sos”, mientras repartíamos las tarjetas de quince en las casas vacías. Parece que yo siempre me la rebusco para traerle quilombos, como cuando le enseñé a nadar a mi perro y a la semana apareció muerto en la pileta. Soy una mina problemática. Y es que los problemas me los traigo

cargados desde que nací, desde el 0. Veo películas de almas que se entrecruzan en los cuerpos y a veces, creo que fue ese el gran problema: soy yo la que no debería estar acá.

Mi prima tiene una amiga que casi entró a Cromañón y eso es una cachetada: cuando por algo no entraste. Una vez mi hermano, si puedo llamarlo mi hermano y no estoy en la familia equivocada, no quiso viajar con sus amigos. Se puso la camisa, se la sacó. A último momento, le dijo a los chicos que se bajaba del viaje porque no tenía ganas. En su lugar, subió otro Franco y el otro Franco murió. Los chicos lo habían levantado en el camino, el auto chocó con un árbol.

Choca lo que pudo haber sido y no...

¿La muerte buscaba un Franco cualquiera? ¿Tan forra es?

La amiga de mi prima casi fue al recital con su novio, pero quiso quedarse. ¿Se había peleado con él? ¿Ese día se puso las zapatillas y se las desató?

Yo debería haber entrado esa noche, en vez de la beba. Tendría que haberle avisado que no fuera. Avisarles a todos. Patear la panza, adelantar el parto unos meses, ponerme las zapatillitas y gritarle a mamá que me lleve. Quiero llamarla, pedirle que me vista de bebé y ella de madre. ¿Combinamos, ma? Compráme un body de Callejeros y despertame con una canción de cuna, de esas que en tu voz suenan menos dolorosas. ¿Por qué lloraste antes de venir? Las fiestas te ponen mal desde que estamos solas. Mirá las entradas, mirá cómo juego para que las veas. Ya sé agarrar cosas con la pinza fina: el dedito pulgar y el índice pescando las entradas. Te reís, te das cuenta. Estás agarrando las medias, las zapatillitas, el body. Así la vida, quizás nos pide perdón, tarareás. Nadie nos da asiento en el colectivo. Te regalo una baba, sonreís. Volvés a sonreírme antes de entrar. Me decís una palabra linda que no es "ajó". Te parás donde el aire corre. Suena la primera canción, me estás cantando otra. Despertame. *Mi sueño vuelve*

*a rodar, en sus ojos... El portón... en mis ojos... tiene candado.
En su amor... Tu latido me calma. Y ahora se duerme.*

Sobre la autora

Agustina nació en Junín (Buenos Aires) en 2001. Desde muy chica escribe. Ganó algunos reconocimientos, entre ellos: Joven destacada de Junín en Arte y Cultura (2018). Estudiante de la Lic. en Artes de la Escritura (UNA).

Aquellas marcas como tatuajes

Cintia Periz

Soy la zapatilla de Mariano. Colgada a la intemperie me reseco con el sol y bailo un rock and roll al viento. Pasan muchas personas. Algunas se detienen. Lloran o rezan. Los niños hacen preguntas y se quieren llevar las zapatillas.

Soy la zapatilla de Mariano en un santuario callejero en el que las letras de las canciones dicen 194 nombres.

¿Te acordás, Marian, del día en que nos conocimos? Tu vieja se rompió el lomo para darte lo que querías cuando cumpliste diecisiete. No me olvido más de tu cara cuando abriste la caja. ¿Te acordás del día en que quedaste en encontrarte por primera vez con Analía y pisamos mierda en el camino? Todavía me duele la suela de tanto que me refregaste contra el pastito de ese cantero en la vereda. ¡La concha de la lora! rezongabas por lo bajo. No sé si te molestaba más que Analía creyera que olías a mierda o el temor a que la mancha no se pudiera quitar del todo.

Igual, la mugre cuando salíamos de los boliches era tremenda. Chicles pegados, la puntera de goma toda pisoteada. Cada tanto tu vieja abría con sigilo la puerta de tu habitación, que era un nido de ratas, y agarraba algunas pilchas y las zapatillas para meter en el lavarropas. Si estabas despierto no la dejabas. *No, viejita, tranqui. Después me encargo yo.* No te encargabas

un carajo, Marian, reconocelo. Pero no querías enchufarle más cosas de las que le había enchufado la vida.

¿Y las apagadas de pucho que me comí? Te sentabas con los pibes en el cordón a hablar hasta el amanecer. *Siempre relojeando al cielo desde el suelo*. Tomaban de la botella cortada. Fumaban de todo. Vos fiel a los Marlboro nomás. Llevo aquellas marcas como tatuajes. Hoy no te encuentro y vuelven a quemar.

Esa noche no tenías muchas ganas de salir. Venías de caravana. Ya se terminaba el año y había arrancado la gira. Te invitó Analía. ¿Quién le iba a decir que no a Analía? Nadie. Menos vos. *Siempre tuve un defecto, no sé decir que no*. Si te invitaba a bailar en el infierno agarrabas viaje como loco. Y agarraste nomás. En la previa del bar empezó, como siempre, con las boludeces. Esos interrogatorios que te hacían cagar de risa. Le contestabas cualquier cosa para hacerla enojar. Eran algo así como tests de personalidad. Según las respuestas que dabas, ella describía tu perfil.

—¿Qué cinco cosas llevarías a una isla desierta?

—¿Para qué bosta voy a ir a una isla desierta, boluda?

—¡Dale, forro! Vos contestá y yo te digo cómo sos.

—Yo ya sé cómo soy. Y por eso te puedo asegurar que no voy a ir nunca a una isla desierta.

—Un amargo de mierda sos, boludo. ¡Dale! ¿Qué te cuesta? ¿Qué cinco cosas te llevarías a la luna?

—Te estoy diciendo que no me iría nunca a una isla desierta y me preguntás qué me llevaría a la luna, ¿sos boluda, boluda?

Y así se la pasaban. Mientras tomaban algo. Ella se hacía la linda. A vos te encantaba. Sacó las entradas del bolsillo y te quedaste helado.

—¡No te la puedo creer! ¿Cómo las conseguiste? ¿A qué hora es? ¡Vamos ya! ¡Va a estar hasta las bolas!

Amagó con entregártelas. Llegaste a rozarlas con la punta del índice y el pulgar.

—Vamos, pero solo si me contestás lo que te pregunto.
—Dale, Ana, se va a hacer tarde y no nos van a dejar entrar.
—Bueno, boludo, ¿me vas a contestar o no?
—Uh, dale, ¿qué carajo querés que te conteste?
—Pero pensalo bien, eh. A ver, ¿qué es lo primero que rescatarías de un incendio?
—¡Dale, boluda! ¡En serio! ¡Se va a hacer tarde!
—Contestame o llamo a mi hermana y se las regalo.
—Uh, sos tan linda como rompe huevos. Hacemos así: te contesto, voy a mear y nos vamos.
—Bueno, dale, a ver.

¡Ay, Marian! Tenía razón Analía, eras forro vos también. Le respondiste que rescatarías las zapatillas. Y se cagaron de la risa los dos. Le contestabas así para molestarla. Ya sabías que esperaba que le dijeras que la ibas a rescatar a ella. Te salvaría a vos, tontita. Los dos conocían la respuesta.

Soy la zapatilla de Mariano. La lluvia y el rocío limpiaron un poco la puntera de goma. *Creo en el sol si me cura las heridas. Creo que hoy el viento me alcanzó el olor de tu mejilla.* Bailo un rock and roll cerca de las zapatillas de Analía. O hago de cuenta que son las de Analía. No tengo la certeza. Hay demasiadas. *A veces, tal vez, estar solo es mejor...al cielo no se llega nunca de a dos.*

Sobre la autora

Cintia Periz es periodista, profe y escritora. Nació en el 76. Vive en Berazategui. Forma parte de los colectivos de escritura Gente Rara y A Cuatro Manos. Trabaja en una escuela primaria pública como puente entre la literatura y las infancias.

Todavía acá

Miguel Ángel Prestifilippi

Cumplir cuarenta un 31 de diciembre tiene algo de mapa doblado: de un lado, la vida que sigue; del otro, la que quedó atrás. Me llamo Martín Aranda y, mientras todos preparan brindis y fuegos, yo miro la torta que me hizo mi hermana. Dos velas —un cuatro y un cero— me esperan. Antes de soplar, respiro hondo. Lleno los pulmones, cuento lento, dejo que el aire me recorra. Es mi ritual desde aquella noche en que respirar fue un privilegio: la del 30 de diciembre de 2004.

Tenía dieciocho años, una remera nueva y el corazón lleno de canciones. Habíamos esperado ese recital durante semanas. Fui con mis amigos —el Colo, Brenda y el Chino— y con Mica, mi novia. Ella era mi amor de esa edad: absoluto, imprudente, invencible. Llevaba un collar de hilo rojo que me había regalado diciéndome que traía suerte. Todavía lo guardo.

Nos encontramos cerca de Once, en ese caos de verano porteño que mezcla calor, ansiedad y olor a choripán. Vendedores con banderas, chicos pintados, madres apuradas. La multitud empujaba y reía. Adentro, el sonido te sacudía los huesos. El aire era una mezcla de cerveza, humo y alegría. Cantábamos, saltábamos, éramos una bestia colectiva que rugía al ritmo de la banda. Mica se subió a mis hombros y yo le di un beso en la rodilla. Me reía sin saber que esa imagen sería lo último limpio que recordaría.

Entonces sonó el silbido de una bengala. Al principio nadie se asustó; eran parte del ritual. Pero algo cambió. El fuego trepó al techo como un animal oscuro y voraz. En segundos, el humo nos envolvió. Las luces titilaron, los gritos se mezclaron con el ruido de los bombos. Sentí el calor sobre la nuca. Mica me miró asustada. Le puse mi remera sobre la boca y le dije que respirara a través de la tela, como me había enseñado mi viejo. “No me sueltes”, me pidió. “No te suelto”, le juré.

Pero el humo bajaba. La gente empujaba en todas direcciones. Corrimos hacia una salida lateral. La principal era un embudo de cuerpos. No se veía nada. Solo se escuchaban nombres, toses, llantos. Me dolían los ojos, los pulmones. Un pibe con linterna gritaba “¡Por acá!”. Lo seguí con Mica aferrada a mi mano. Hasta que un golpe masivo nos empujó. Caímos. Sentí su mano resbalar. La vi en el suelo, intentando levantarse. Grité su nombre, pero la marea humana me arrastró. Un cuerpo cayó sobre mí, alguien me trepó la espalda. Perdí toda orientación.

No sé cómo llegué a la calle. Vomité en el cordón. El aire frío fue una puñalada y un alivio. Alrededor, gente lloraba, algunos desnudos de cintura para arriba, cubiertos de hollín. Las sirenas rompían el silencio que quedaba. Una chica usó mi teléfono para llamar a su mamá. Cuando me lo devolvió, mis manos estaban negras. Busqué a Mica entre la multitud, llamé su nombre hasta que se volvió piedra. Fui a los hospitales. En cada guardia, el mismo infierno: listas improvisadas, rostros que se buscaban entre los pasillos. Vi a padres abrazar camperas, a madres gritar sin sonido. Encontré a mis amigos uno por uno. Al Colo, con la mirada perdida. A Brenda, internada. Al Chino, lo velaron días después.

A Mica la encontramos por el collar rojo. No hace falta describir ese momento. Solo sé que el mundo se partió ahí, y la mitad que quedó siguió caminando sin sentido.

Pasaron días que fueron años. Dormía poco. Todo olía a humo: las sábanas, el pelo, el alma. Tenía los pulmones irritados y la culpa tatuada. “Estás vivo”, decía mi madre, abrazándome. Pero ser sobreviviente es otra cosa: no se trata de vivir, sino de aprender a hacerlo entre ruinas. Fui a terapia. El psicólogo hablaba de “duelo” y “culpa prestada”. Lloraba en silencio. Caminaba por la ciudad como si fuera ajena. Todo me recordaba algo: los carteles, las sirenas, el olor a pólvora.

Volví al lugar muchas veces. Las flores en la vereda, los nombres en las paredes. Escuché a madres repetir fechas como oraciones. Sentí que la memoria era un animal que necesitaba cuidado para no morir. Me hice parte de esa manada de sobrevivientes que se abrazan sin necesitar palabras. En cada aniversario, las velas encendidas forman una constelación nueva. No para iluminar el pasado, sino para sostenerlo.

La vida, de a poco, volvió. Estudié, trabajé, me mudé. Conocí a otras personas, pero nadie tuvo la risa de Mica. Cocino, veo a mis sobrinos crecer, acompaño a mi vieja a las ferias. A veces me sorprende la ternura con la que la vida insiste. Otras, me pesa el recuerdo. Cada 30 de diciembre, el aire cambia. Miro las noticias, veo los nombres, los rostros y me vuelvo aquel pibe de dieciocho. Después respiro. Cuento hasta tres. Estoy acá.

En los actos de memoria conocí a otros como yo. Nos reconocemos sin hablar: la mirada se detiene un segundo más, como si dijera “sé lo que llevás”. Escuchar a madres y padres que siguen levantando pancartas me enseñó que el dolor también puede ser resistencia. Empecé a visitar escuelas, a contar mi historia. Los chicos escuchan en silencio; algunos se tapan la boca cuando digo que el aire quemaba. Les hablo de lo que es cuidar una vida, de cómo la seguridad no es burocracia, sino respeto por los demás. Les digo que una puerta abierta puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Y que no hay rock ni alegría sin cuidado.

A veces sueño con Mica. Está igual que aquella noche, con el flequillo rebelde y su perfume a frutas. En los sueños no hay fuego. Nos reímos, me toma de la mano y me dice que no la suelte. Me despierto con su voz aún en el aire y una paz que me dura unas horas. Después la nostalgia vuelve, pero ya no muerde: apenas toca.

Hoy, mientras mi madre pela papas en la cocina y mi hermana acomoda los vasos, siento que sobrevivir es también un trabajo familiar. Ellas me sostuvieron cuando no podía. Me enseñaron a volver a festejar, a no sentir culpa por sonreír. En 2005 no quise festejar mi cumpleaños. En 2006, tampoco. Pasaron años hasta que pude volver a encender una vela sin temblar. Ahora cada 31 soplo despacio, no para pedir deseos, sino para agradecer el aire.

Anoche fui al acto. Las zapatillas y las fotos siguen siendo los íconos principales del lugar. Llevé una vela sencilla y la dejé entre tantas otras. Me quedé un rato mirando las fotos: los chicos, las chicas, sus sonrisas detenidas. Vi el nombre de Mica y pasé los dedos por las letras. Le hablé en voz baja: “Mañana cumpla cuarenta, ¿me ayudás a soplar?”. Luego caminé hasta casa sin auriculares, escuchando los ruidos de la ciudad. Cada paso era un recuerdo que no dolía un poco menos que antes.

No creo en las “nuevas oportunidades” como frase hecha. Creo en los días. En los mates compartidos, en el trabajo, en las plantas que crecen aunque nadie las mire. En aprender a irse de los lugares que te aprietan el pecho. En poder decir “hasta acá” sin dar explicaciones. Si me preguntan por qué todavía hablo de Cromañón, digo la verdad: porque callar sería traicionarlos.

A veces los recuerdos vienen con los sonidos. Hoy, por ejemplo, escucho a los vecinos probando fuegos artificiales y el pecho se me cierra. Cierro los ojos, respiro, espero. Sé que no tengo que demostrar nada. Ser sobreviviente no es ser fuerte: es seguir a pesar del miedo. Enciendo el ventilador y dejo que el aire me acaricie la nuca. Es mi manera de decirle al cuerpo que estamos a salvo.

Cuando pienso en aquel chico de dieciocho años, no lo reconozco del todo. Era inocente, confiado, capaz de pensar que el peligro nunca llega hasta uno. Me gustaría decirle que no se culpe, que no todo puede preverse. Que vivir no es un examen que se aprueba o se falla. Que, aunque el dolor no se borra, un día se vuelve parte de vos como una cicatriz que deja de doler pero no se olvida.

Este año, en la heladera hay una sidra con moño. Mi sobrino me regaló un dibujo con fuegos artificiales y un “Feliz cumple tío Martín”. Me sonrío con esa ingenuidad que te reconcilia con el mundo. Mi hermana me abraza con fuerza y me dice que cuarenta no es tanto. Mamá me mira en silencio. Sus ojos tienen la mezcla de orgullo y susto de siempre. Ella también es sobreviviente, de otro modo: esperó toda la noche con la radio encendida, sin saber si su hijo respiraba.

En la televisión, pasan un informe. Dicen “tragedia”, “negligencia”, “corrupción”. Pienso que las palabras se gastan, pero el dolor no. Pienso en todas las veces que la justicia llega tarde o no llega. En los años que pasaron, en los que quedaron en el camino. En los que no pudieron contar su historia. Cada vez que me invitan a hablar, empiezo con lo mismo: “No somos una noticia vieja. Somos la memoria viva de lo que no debe repetirse”.

No sé si la vida te da “nuevas oportunidades” como dicen; a veces suena a frase de galleta de la fortuna. Lo que sí sé es que te da días, y que con esos días uno arma oportunidades como quien arma una mesa con patas desaparejas: con voluntad, paciencia y un poquito de maña. Yo, por ejemplo, aprendí a poner plantas que resisten el sol de enero, conseguí un trabajo que me gusta más de lo que me desgasta, encontré una forma de estar con el dolor sin que me coma. También aprendí a decir que no a invitaciones a lugares cerrados cuando siento que el pecho se me enciende con alerta. Aprendí a irme antes si un espacio se llena demasiado. No me justifico más; digo: “hasta acá” y listo. Si me

preguntan, respondo: “es por Cromañón”. La mayoría entiende y si no, ya no es mi trabajo explicar todo.

Faltan minutos para la medianoche. Mis sobrinos se ríen en el patio, jugando con luces frías. Mi hermana trae la torta. Dos velas. Cuarenta años. El humo del azúcar me da un escalofrío. Miro las velas y, detrás de ellas, veo a Mica, apoyada en la pared, sonriendo. No está triste. Me hace un gesto con la cabeza, como diciéndome “dale, sopla”.

Cierro los ojos. Pienso en ella, en los que se fueron, en los que seguimos. Pienso en todas las veces que creí que no iba a poder más; en todas las que, sin saber cómo, pude. Respiro. Siento el aire llenarme el pecho, ese mismo aire que una noche me quiso faltar. Cuento hasta tres. Soplo. Las llamas se apagan y el humo que sube no duele.

Mi hermana aplaude, mamá sonríe. Brindamos con sidra, comemos, reímos bajito. Afuera, los fuegos artificiales estallan como una lluvia de luces. Por un instante, cierro los ojos y vuelvo a aquel recital. La multitud, las canciones, el latido colectivo. Pero ahora el aire no quema. Ahora respiro tranquilo.

Miro el reloj. Es 31 de diciembre. Cumpló cuarenta. Afuera, la ciudad festeja su propia supervivencia. En mi casa, la mesa está llena. Me siento parte de algo que sigue. Todavía acá, pienso. Todavía acá y eso, después de todo, alcanza.

Sobre el autor

Miguel Ángel Prestifilippi, criado en José C. Paz. Docente. Escritor de novelas, cuentos y relatos. Incursionó en teatro juvenil. En 2025 fue finalista y ganador en concursos literarios locales, nacionales e internacionales.

Polvo negro

Tomás Rodríguez

Mercedes baldea el piso de hormigón, aunque sabe que es en vano: los chicles, las colillas de cigarrillos, los restos pegajosos de tragos viejos forman una amalgama indistinguible que no sale con nada, que parece ser más parte del edificio que el propio cemento que lo forma. Mercedes baldea y trata de hacer números en su cabeza: siente que las deudas y los pendientes se multiplican cada día con mayor ferocidad, la rodean, la sofocan. No falta mucho para las fiestas. El Joni viene diciendo hace rato que a Papá Noel le va a pedir unos pokemones. Mercedes baldea y piensa en su primo, que le pegaron un tiro en la pierna por no devolver la plata que le debía al prestamista en tiempo y forma. Mercedes baldea y se hace la tonta, porque no muy lejos, en la barra, ve a uno de los jefes vigilándola. No sabe su nombre, pero se da cuenta de que es uno de ellos: la ropa, el bigotito cuidadosamente recortado, el cigarrillo largando humo adentro del local, la postura sobradora, recostado en el mostrador con los ojos entrecerrados, contando billetes y pasando páginas de un cuaderno y anotando cosas. Fue Reynaldo el que les avisó a ella y a César con un gesto que esa noche no estaban solos.

César termina de acomodar los vasos y le dice algo con voz suave al jefe, como arrullándolo. Mercedes imagina que le volvió a insistir con el polvo negro del techo. Hace meses viene

insistiendo con que la tela está chamuscada y larga olor a químicos quemados. Es por eso que le habla, o peor: por un tema de plata. Se le vienen a la cabeza los cinco nenes de César y la mujer que está otra vez embarazada, trabajando con esa panza monstruosa en la caja del chino de sol a sol. Piensa en la plata que no dura, en Papá Noel, en los pokemones del Joni, en la cena familiar. De pronto lo ve a César agachando la cabeza en gesto dócil, casi servicial: el jefe habla con un vozarrón tomado por el pucho.

—Esto es rock, no una oficina.

Reynaldo los mira y sacude la cabeza en un gesto de desaprobación. César no sabe nunca cuál es su lugar. Terminan de limpiar y el hombre les da 20 pesos arrugados y un poco húmedos a cada uno, además de un pack de cervezas calientes y abolladas, de las que guardan en el depósito abajo del escenario. César no vuelve a trabajar al otro día, ni tampoco los siguientes.

Mercedes barre. Reynaldo manguerea el cielorraso. El jefe cuenta billetes y vigila.

La semana anterior las bandas se habían quejado por el polvo negro que saltaba durante el recital. “Mata el ambiente” le dijo a Mercedes de mala manera una mujer alta de uñas larguísimas y lentes de sol. Reynaldo y Mercedes son los que más tiempo llevan en el boliche, porque no se quejan. Saben cumplir su trabajo sin quejarse ni dar problemas. La plata es variable, las condiciones son siempre precarias, pero aún peor es la malaria que se vive en el barrio. Para ellos estar en blanco no es una posibilidad, jamás lo fue, pero al menos saben cómo conservar lo que tienen.

Reynaldo sigue mojando la lona del techo. Mercedes barre. El agua con olor ácido a plástico chamuscado cae como una lluvia

adentro del galpón. Un pensamiento intrusivo se cuela en la rutina de Mercedes: mientras las gotas de sudor sucio se mezclan con el agua que llueve del techo en su cara roñosa, se imagina bailando un vals entre risas con su compadre, esa canción tan lindísima de aquella gallega que canta sobre la gata bajo la lluvia.,

El jefe pega un grito y se va del galpón. No dice nada de la paga, y ni Reynaldo ni Mercedes dicen palabra. Cuando se quedan solos, eligen la cautela y estiran sus tareas antes de descansar un rato. Ninguno de los dos habla. Reynaldo se masajea un antebrazo, después el otro. Los tiene entumecidos de sostener la manguera tanto rato. A pesar de todo el esfuerzo, el olor químico en el lugar es peculiarmente penetrante. Mercedes no ve la hora de terminar para poder ir a su casa, prepararle el desayuno a los chicos y dormir una siesta antes de tener que volver a trabajar. Son las seis y media. Afuera el sol ya salió hace rato.

Mercedes recorre el pasillito junto al escenario que la lleva hasta los baños. Camina a oscuras y a paso seguro, tanteando la pared poco a poco hasta finalmente encontrar la muesca en el panel de madera. Aprieta y empuja y el depósito se abre ante ella. Busca a tientas la perilla que activa los fluorescentes desgastados que parpadean una, dos, tres veces antes de quedar fijos pero tenues, desfallecientes. Frente a Mercedes hay infinidad de porquerías, algunas que llevan más tiempo que ella en el boliche. Se abre paso entre cajones de cerveza, bolsas de basura vieja, cajas con pirotecnia confiscada, pedazos de madera con clavos oxidados asomando. Al final, en un rincón, el balde grande con los productos de limpieza para el baño. Adentro hay un bidón de lavandina a medio llenar, dos trapos de piso corroídos que ya son casi transparentes, una botella de desodorante de piso que es más agua que producto y el polvo blanco que, según dice uno de los jefes, “mata todos los bichos”.

Mercedes agarra la caja como está y sale directo al baño de caballeros. La luz blanca parpadea e ilumina los charcos amarillos en el piso. Decenas de moscas zumban con ruido grave, entrando y saliendo de uno de los cubículos. A la distancia se ven marcas marrones hechas con dedos contra la puerta. Mercedes respira hondo antes de entrar, contiene el aire y empieza a tirar lavandina y agua casi a ciegas. Con el trapo en la mano y los ojos llorando mares, Mercedes friega y friega, sintiendo cómo la lavandina y el polvo blanco penetran en sus poros con cada frotada, mientras las gotas salpican la ropa que se trajo de casa. No tienen guantes, menos aún uniformes. Mercedes friega y se acuerda de la cara del Joni en Navidad, cuando abrió los regalos y vio que en vez de pokemones había paquetes de figuritas, y cómo intentó disfrazar la tristeza con entusiasmo. Mercedes friega y se imagina un día en el que puedan irse a conocer el mar con su marido y los chicos y ver las olas, esa fuerza arrasadora que sólo conoce por la tele pero que imagina implacable, capaz de limpiarlo todo con una sola barrida. Mercedes friega y piensa que ya casi es año nuevo, que podría llevarse los cohetes y las bengalas que vio en el depósito, que están ahí hace quién sabe cuánto tiempo, y también alguna Coca-Cola de litro y medio de la cocina para compartir en la mesa familiar de fin de año. Tiene ese tornado de pensamientos en la cabeza cuando la puerta se abre y aparece Reynaldo.

—Recién volvió el jefe. El jueves es la última fecha de la banda y se bajaron los franqueros. Necesita que nos quedemos hasta el cierre.

Mercedes refriega más fuerte. Eso significa que son tres fechas de la banda al hilo que tienen que cubrir esa semana, tres días de trabajar desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana como mínimo. Está por decir que no, que ella hace sólo la puesta a punto y se va antes de que llegue la gente, pero Reynaldo sigue hablando.

—Nos van a pagar ochenta pesos la noche.

Mercedes piensa en la coca que va a llevarse, en los cohetes y las bengalas, en los pokemones que podría, por fin, llevarle de sorpresa al Joni. Así y todo, duda un segundo. Reynaldo se da cuenta y la mira con solemnidad antes de decir con voz grave:

—Esto es rock, no una oficina.

Los dos se ríen sin ruido. Mercedes se acuerda de César y asiente con la cabeza. Reynaldo vuelve a manguerear la lona.

Mercedes trapea, mojado sobre mojado, mientras las paredes del baño de damas retumban al son de la música. Las chicas entran y salen sin parar, la ignoran mientras se retocan el maquillaje o se ponen en cuclillas sobre el primer inodoro que se desocupe, encharcando y embarrando el piso en sus idas y venidas.

La fila para entrar es eterna, parece regenerarse automáticamente. El microclima en el baño es insoportable y no hay ventanas que puedan darle un respiro. El ventilador a pilas que tiene al lado del lavamanos remueve el aire caliente con persistencia mientras Mercedes transpira y trapea, trapea y resopla, resopla y espera que pasen las horas y que terminen rápido de tocar.

En el salón, del otro lado del pasillo, cientos de personas saltan y cantan a los gritos. Una chica se resbala con el agua y la putea a destajo. Mercedes no se inmuta: trapea y mira cómo las vibraciones de la música hacen que del techo caiga polvo negro. Piensa que mañana es viernes, que ya es 31, que no tiene que trabajar y que esta noche va a llevarse una Coca-Cola y algunas bengalas del depósito.

Una chica se apoya como puede contra la pared, en su mano una cerveza inclinada, volcando su contenido directo al piso. Mercedes trapea en silencio cuando desde el salón empiezan a

oírse ruidos más fuertes, golpes y gritos. En la puerta del baño otras mujeres empujan para entrar. Mercedes trapea y se abanica: ya está acostumbrada a los insultos, a los golpes, al estruendo de los recitales.

El calor empieza a subir y de golpe el olor ácido del plástico chamuscado se hace más fuerte. Los gritos empiezan a multiplicarse, no solo en el salón, sino que también en el pasillo. Mercedes deja de trapear y se asoma al pasillo: siente un ardor repentino en los ojos. Del otro lado ve a Reynaldo, que sale del baño de caballeros. Su expresión pálida hace que el cuerpo de Mercedes se tense.

Gente que estaba en el salón invade el pasillo, buscando a tontas y ciegas una salida. Con ellos llega también el humo negro. Algunos gritan, algunos lloran, otros tropiezan. Mercedes entiende que pasa algo grave cuando las luces se apagan de forma abrupta. Los alaridos se duplican en cantidad y volumen. Los que estaban en los baños se desesperan y salen disparados en la dirección contraria. El corredor es demasiado angosto y se empiezan a chocar los cuerpos unos con otros en la oscuridad. Mercedes intenta ubicar a Reynaldo, pero es imposible distinguir a nadie. Gente que aparece por todos lados empieza a rodearla y a llevarla para adelante y para atrás, víctima de un pogo trágico del que no quiere ser parte. Mercedes se aferra al trapeador, piensa que los oídos van a empezar a sangrarle. Ella también empieza a gritar. Es la primera vez en mucho tiempo que grita, siente que se le va a desgarrar la garganta. Grita pero no se oye entre tanto tumulto: es un momento curioso, liberador en el medio del caos.

Los empujones son cada vez más fuertes. Mercedes intenta abrirse paso pero cada vez la aplastan más y los gritos, la oscuridad, el humo, la falta de aire no la dejan pensar. Un poco se cae, otro poco se deja caer. La cabeza de Mercedes golpea contra el piso. En las penumbras sólo distingue una infinidad de zapatillas,

la mayoría de ellas gastadas, muchas de ellas intervenidas a mano, pasando cerca de su cara, después pisándole sin cuidado. De algún lado cae agua, que aplaca apenas el calor. Por un instante, Mercedes siente que la baldean, la barren, la trapecan.

Después ya no siente nada.

Sobre el autor

Tomás Rodríguez (Mar del Plata 1992). En 2019 ganó el concurso Osvaldo Soriano (UNLP) y en 2023 una mención de honor en el concurso Manuel Mujica Láinez (Municipalidad de San Isidro). En 2023 publicó “Anticipación perpetua” en Cepes Ediciones.

Destinos cercados

Eduardo Marcelo Soria

*El tiempo pasa, eso es seguro.
La huella queda.*

Camino. Camino y me alejo. Rara noche para este encuentro tan esperado. Estoy excitado y no puedo decidir nada. Lo sé, fue tanto lo que esperé.

Salto, creo que voy a alcanzar el cielo. ¡Oh! Estoy embriagado, es el rock sin destino el que nos aúna. El pulpejo de mis dedos se enrojece. ¡Oh esas luces! Estoy alucinando. Esta nube no me permite elevarme. Levito con esta música tan nuestra.

Caigo. Mi cuerpo es una masa pesada ahora. La nube me aplasta contra la Tierra ¡qué viaje exótico a tientas!

Ruedo. Un magma me abraza, me envuelve y quema mis tripas... Creo que voy a disolverme. Temo fundirme con el entorno ¿quedará sepultado como una masa incandescente?

Inmóvil. Estoy bajo una montaña. Invisibilizado. Debería moverme para allá, pero no puedo. Intentaré llegar a ese horizonte con luces multicolores que centellean. No puedo. Ya no hay música, solo gritos nos aúnan. Veo solo trapos mezclados con zapatillas sucias entre las hendijas que dejan, las cabezas de muñecas sin ojos, con sonrisas insinuadas en sus boquitas

pintadas. Presiento que imploran clemencia, pero sus ruegos se ahogan en un silencio aterrador.

Ahogado. El aire caliente ocupa todos los resquicios y da de lleno en mi mano izquierda, quemándola... ¡Oh esas voces que suben y bajan! ¡esos gritos desgarrados! ¡llantos? ¿será por ahí?, pero si al final de este túnel no veo ninguna luz blanca. Nada aparece, estoy dentro de un tubo de varillas duras que me aprisiona; esa turbulencia de trapos superpuestos mezclados con zapatillas sucias. Rara oscuridad por momentos. Resquicios que se abren por momentos. Intento ver a través y nada. Toda la maravillosa música que tanto coreábamos ya no existe, en su lugar una plaga de gritos desesperados in crescendo.

Confundido. Esta ráfaga me dice que el aire huele distinto ¿huele el aire? Aquí nada es lo que fue. Me siento sofocado por este calor que me envuelve y rostiza mi cara. Otra vez la pared me impide ver hacia dónde... Extiendo mi mano libre más y más dentro de la hoguera ¿Esta era la maravilla que tanto esperé?

Abro mis ojos. No logro ver. Trato de escuchar y una sordina ocupa todo y crea un silencio sepulcral. Estoy aterrado. Cierro los ojos.

Voy a tuestas. Tropiezo y caigo sentado sobre el césped. ¡Uy! ¡mamá y papá se rien de mí

¡me hacen morisquetas! ¿Qué les pasa? Allá están mis hermanos mareando la pelota...

¿son chicos?

¡Ah mis manos! Son pequeñas y regordetas ahora ¿cómo es posible?

¡mami! ¡papi! ¿no me oyen?...

¡Pero si hace años que no están! Nos reuníamos los domingos como tantas, compartíamos

en familia ¿por qué no me responden? Se alejan...

¡Uy! ¡no! Algo tira fuerte de mi mano y me aleja de la luz ¡no! Otra vez esta oscuridad. ¡No quiero abandonarlos! Nadie me oye...siguen tirando.

¡Ey! Pará che que vas a romperme los dedos.

¡Ah... qué alivio! No siento la pesada carga sobre mi espalda ¡pará chabón vas a romperme la remera que tanto quiero! ¡Che! ¿no me oís? Dale arrastrándome por el suelo contra mi voluntad, rompiendo todo lo que tanto me gusta.

Este es otro túnel. La oscuridad es un techo de polietileno negro tramado donde el rojo avanza. Se abren cortinas negras ¡Esas sirenas!

Todo se mueve esta noche.... ¡Ah! El aire fresco no huele.

Sobre el autor

Profesor en Ciencias Naturales (esp. inv. ed.), Lic. en Enseñanza de Biología y Magister en Enseñanza de las Ciencias. Enseñó en E.G.B., secundario, terciario no universitario y en la universidad en Argentina y el exterior. Capacitador docente.

La última canción del primer día

Silvia Gabriela Vázquez

Nunca imaginé que una vida pudiera escucharse desde un ascensor. Pero hay edificios en los que las paredes, los pasillos y hasta los buzones guardan silencios que uno aprende a decodificar con los años. Soy encargado desde hace tres décadas, y la rutina me enseñó a distinguir el llanto del bebé del 4° B, las risas del matrimonio del 1° A y el paso cansado de la señora de la planta baja. Sin embargo, nada me marcó tanto como la música de Agus (el chico del 3° C), y la voz pausada de su abuelo, un hombre bueno, amable, que cuidaba cada palabra antes de soltarla al mundo.

Esa tarde —la misma que ahora todos recordamos con la voz temblorosa— los vi entrar del edificio, volvían de hacer compras. Agus venía feliz, saltando los escalones de a tres, mientras su abuelo llamaba al ascensor con los auriculares colgándole del cuello. Era un contraste tierno: el chico, un haz de luz; y don Abel, una sombra suave que lo seguía sin perderle el ritmo.

—Escuchala, te va a gustar, abu, tiene algo... no sé, algo viejo, como de antes, algo como vos...

—¡Ya te dije que en esta casa lo único viejo es el trapo anaranjado que la abuela y yo usamos para sacarle brillo al marco de tu foto! —respondió Abel fingiendo un enojo inexistente.

Nos reímos los tres.

—¿Vio, Raúl? Le regalé unos auriculares y ahora él va a escuchar rock conmigo —dijo Agus, con orgullo, cuando los saludé.

—Yo escucho de todo, pibe —agregó Abel, y me regaló un guiño y una sonrisa gastada, de esas que solo tienen los que sobrevivieron más de lo que cuentan.

Agus era huérfano de madre desde pequeño. Yo la llegué a conocer: una mujer muy frágil y muy sola. Cuando ella murió, el chico se quedó con Abel, quien lo crió sin ruido, sin queja y sin saber pedir ayuda. Los dos se necesitaban, y eso se veía en cada gesto: la forma en que él lo esperaba en la puerta del edificio, el modo en que Agus le dejaba chocolates en el buzón con una notita que decía “Para el abu más capo”.

Esa tarde, mientras barría, escuché que desde el 3°C brotaba una música distinta. Era la misma banda que Agus había hecho sonar toda la semana, pero algo tenía ese tema que se filtraba hasta el palier como si viniera cargado de una alegría nueva. Abel le había permitido el volumen bien alto, cosa rara en él, que siempre se sintió molesto por los ruidos fuertes. Pensé: “¡qué hermoso debe ser envejecer así, aprendiendo canciones que no nacieron para uno!”.

Más tarde, cuando el sol se iba destejiendo en los balcones, lo vi a Agus salir hacia el recital. Tenía en los ojos el esplendor de esa expectativa que solo los adolescentes pueden llevar a la intemperie sin que se opaque o se quiebre. Antes de irse, golpeó mi cuartito de herramientas.

—Chau, Raúl. Después te cuento.

—Divertite, pero cuidate —le dije. Y agregué esa frase que uno repite sin imaginar que alguna vez pueda volverse una trágica ironía —volvé temprano.

Cuando subió al taxi, vi a Abel mirándolo desde la ventana. Vi cómo dejaba caer la mano sobre el vidrio, como si quisiera sostenerlo un instante más. Yo también me quedé observando,

no sé por qué. Quizá porque hay saludos cotidianos que ensayan otras despedidas antes de vivirlas.

Después pasó lo que pasa siempre: la noche se volvió noche. Lavé los cestos, regué las plantas, acomodé los paquetes mal entregados por el correo, conté las bicis del pasillo. A eso de las once, cuando ya tenía las luces del jardín apagadas, escuché un golpe en la ventanilla de mi cuartito. Era don Abelito, como solía llamarlo su nieto.

—¡Raúl! —exclamó, algo desorientado —¡Encendé la tele!

El conductor anunció la noticia con una solemnidad que me heló la sangre. Un incendio. Un recital. Un lugar cerrado, oscuro, lleno de chicos. La cámara mostraba corridas, humo, ambulancias, gritos...

Dijo un nombre: República Cromañón.

Dijo una hora.

Dijo “tragedia”.

Lo demás lo recuerdo como quien cae dentro de un mal sueño del que no logra despertarse jamás: el incendio, la multitud, las cadenas humanas que se armaban en las veredas, los chicos desesperados, el humo, el pánico. El conductor del noticiero apenas podía hablar. Yo miré de reojo a Abel: estaba de pie, pero como si lo hubieran vaciado por dentro.

—Agus está ahí... es la primera vez que va a un recital —me dijo casi sin voz.

No supe qué responder. A veces el silencio es lo único que se puede ofrecer sin mentir.

Salimos juntos. Caminamos por la herida abierta en la que se había convertido la calle: padres corriendo, vecinos que ofrecían agua, jóvenes descalzos abrazados a su feroz desconcierto. Las sirenas cortaban el aire como la reverberación de un mal presagio. Nos unimos a la marea de personas que buscaban listas, papeles con nombres escritos a mano en la puerta de los hospitales..

Consultamos una lista.

Y luego otra.

Y otra.

Cada vez que leía un apellido que no era el de su nieto, Abel respiraba un poco más hondo. Hasta que apareció.

Lo encontró él. Yo no hubiera podido leerlo. El nombre completo de Agus estaba ahí, en una lista maldita. Ese instante es el que todavía me visita cuando cierro los ojos: el cuerpo de Abel desplomándose contra la pared, roto, como si alguien hubiese arrancado una parte del mundo.

—¡Era el primer día que Agus iba a un recital! ¡El primer día! —murmuraba.

Lo abracé sabiendo que eso no alcanzaba para nada... sin embargo, era lo único humanamente posible.

A la mañana siguiente, hallé los auriculares que Agus le había obsequiado en el pasillo del tercer piso. Los tomé despacio, como quien cuida el más frágil tesoro, y se los llevé a Abel. Él los apoyó en su pecho y lloró. Lloró mientras repetía: “¿Por qué él y no yo? ¡Era el primer día que iba a un recital!”.

Las horas (y los días) que siguieron fueron de un silencio tan denso que el edificio parecía sumergido bajo el agua. Todo el barrio se movía diferente. Los vecinos dejaban flores en la puerta, los amigos del colegio venían con las zapatillas embarradas y los ojos rojos.

Pasó un tiempo sin tiempo. Hasta que un domingo cualquiera, mientras limpiaba el palier, escuché aquella música. La misma música. Venía desde el tercero C, bajando por la escalera, sin pudor, sin miedo, sin pedir permiso.

Subí sin anunciarme. Lo encontré con la puerta entreabierta, sentado en su sillón con los auriculares puestos, aunque desconectados del parlante y la cabeza apenas inclinada como hacía Agus cuando le mostraba un tema.

—Necesitaba escucharlo —me dijo—. Es lo único que todavía me lo trae de vuelta sin tanto dolor.

Yo asentí. Entendí algo que nunca había entendido del todo: la música puede ser una llave. A veces abre heridas... y otras, puertas hacia quienes ya no están.

Desde entonces, cada 30 de diciembre lo acompaño. Subo con un termo de café y nos sentamos en silencio a escuchar la canción que Agus amaba. Dejamos que el edificio entero la escuche, como si en cualquier momento él pudiera bajar de a tres escalones, feliz, con la vida recién estrenada.

Como si esa última canción —extraña herencia de un nieto a su abuelo— no hubiese quedado atrapada en el aire irrespirable de aquel primer día.

Sobre la autora

Psicopedagoga y Dra. en Liderazgo. Coordina talleres de orientación Vocacional intergeneracional desde el año 2000. Publicó, entre otros libros, *La tenacidad de la palabra* (declarado De interés social) y *Nada que Leer*. Columnista en Meer.

Quedó la luz

Cristina Zamorano

19 de septiembre de 2015

Desde mis 4 años aquel había sido mi rincón favorito. Cuando me sentía triste o la abuela me retaba por alguna travesura yo sentía que sólo en ese lugar estaba protegida. Y justamente había sido ella la que me había ayudado a descubrirlo. Sucedió una noche en la que yo no paraba de llorar y de preguntar por mi mamá. En ese momento fue cuando ella, en la desesperación por calmar mi angustia, salió a buscar el mejor ángulo de su patio y me condujo hasta allí, mientras señalaba hacia arriba con el dedo índice. El cielo estaba diáfano esa noche, así que no le costó demasiado divisar las estrellas. Cuando halló la más brillante, secándome las lágrimas, me pidió que aguzara la vista para poder ver a mi mamá. Me dijo que ella estaba sosteniendo una linterna haciéndome señales de luces desde allí. El problema era que estábamos tan lejos que había que esforzarse mucho para poder verla con nitidez. Al principio me pareció que era una más de las fantasías que usaba como recurso en sus cuentos. Esos que me leía para dormir cada noche. Pero con el correr de los días me fui creyendo aquella historia. O, mejor dicho, necesitaba creerla.

Supuestamente, según mi abuela, mis papás se habían tenido que ir a trabajar allá lejos, pero tenían la posibilidad de poder

mirarme y cuidarme desde ese sitio. La parte de la historia que nunca me contó, fue que jamás iban a regresar.

Hoy, al probarme el vestido blanco, pude notar su presencia como nunca antes. Sentí que ellos estaban a mi lado. Tenía claro que mi fiesta de quince no sería como la de mis amigas o como la de la mayoría de las chicas, especialmente en el momento de la entrada al salón, o durante el brindis o el vals. Sabía que no sólo yo, sino todos, notarían la gran ausencia de mis padres.

Quise elegir a mi tío para que me acompañara a entrar del brazo. Por un lado porque es lo más parecido a mi papá que he encontrado en este mundo, y por otro, porque me siento identificada con su dolor. Lo advierto en su mirada. Lo veo en su rostro vencido y resignado. Y aunque trate de disimularlo cuando está conmigo, sé que nunca pudo superar la partida de mi viejo. A veces hay pérdidas que se asimilan mejor que otras. El tema es que ésta fue demasiado repentina y totalmente injusta. Y la injusticia te va matando en vida.

Para mi familia y otras tantas hubo un antes y un después de la masacre de Cromañón. Desde aquel día ninguno de nosotros fuimos los mismos. Mis abuelos entraron en una profunda depresión. Sólo mi abuela Nidia se mostró un poco más fuerte, seguramente porque sabía que de esa fortaleza dependían mi futuro y el de mi hermano. Martín, con sus 11 años recién cumplidos comprendió mejor la situación, o bien demostró poder aceptarlo de una manera más racional. Sin embargo, muchas veces noto que le cuesta encontrar un rumbo certero. Mis tíos, a partir de la tragedia se apagaron, perdieron la sonrisa, sobre todo Eduardo, el hermano menor de mi papá. Su vida entró en una crisis abrumadora, su matrimonio fracasó y contrajo una enfermedad con la que, hasta el día de hoy, sigue luchando.

Me miro en el espejo y su reflejo me devuelve una imagen cada vez más parecida a la figura de mi madre. Eso me pone

feliz, me hace sentir más segura, con más entusiasmo para la gran noche que me espera. Sé que hoy tengo que darlo todo, principalmente porque conozco el esfuerzo que han hecho mis abuelos para lograr llegar hasta acá. Y creo que hoy mi mayor anhelo es verlos sonreír, por lo menos por unos instantes.

Entro al salón del brazo de mi tío. Sé la importancia que tiene este momento para él. Todas las miradas se concentran en nosotros. Siento una montaña rusa de sentimientos y emociones dentro de mí. Me abrazan, me besan.

No hay lujos ni grandes protocolos.

En un momento la música baja y el murmullo se hace suave, y es en ese instante cuando una pantalla se enciende en el fondo del salón y aparece el rostro de mi madre. De pronto la imagen se aleja y se la puede ver recostada en una camilla. Tiene su vientre al descubierto, y un monitor a su lado transmite una imagen borrosa en blanco y negro. “Nos acabamos de hacer una ecografía y vimos tu carita por primera vez”, se la escucha decir a ella con voz temblorosa y emocionada. “Cuando cumplas tus quince ésta será una más de todas las sorpresas que tendremos para vos”. Luego se escucha a mi papá que asiente detrás de la cámara y agrega que me están esperando ansiosos.

Me estremece escuchar sus voces. Hay muchas fotos pero pocos videos de ellos. Eso siempre me ha inquietado. Pienso en lo afortunado que ha sido mi hermano al poder seguir disponiendo de una memoria consciente de sus rostros y sus voces. En mi caso, en cambio, a la edad en que los perdí, mi mente no estaba preparada para retenerlos, y hoy sólo cuento con escasos recuerdos, y la mayoría asistidos a fuerza de fotos e historias contadas por otras personas.

El salón entero queda perplejo. Sólo se escuchan los latidos del corazón de ese diminuto ser que aparece en el monitor, y que ahora se ponen en sintonía con los míos, que cada vez resuenan

más fuerte en mi interior. El video continúa unos instantes más: los dos hablan con ternura y buscan en los rasgos de esa carita alguna similitud con los de ellos.

Cuando la pantalla se apaga, el silencio pesa sólo un instante. Levanto la cabeza y abrazo a mis abuelos y a mis tíos con todas mis fuerzas. No lloro, o al menos no del todo: son lágrimas limpias, de emoción y de alivio. Entonces me acerco a la ventana a tomar un poco de aire y siento que una luz blanca me encandila. Miro hacia arriba, a ese cielo que tantas historias me contó. Entonces los veo. Esta vez la linterna de mi madre me hace más guiños que nunca. Y en ese momento, por primera vez, me siento en paz y comprendo, con toda claridad, que ni el fuego ni el tiempo pueden llegar a extinguir tanto amor.

Sobre la autora

Nació el 4 de febrero de 1972 en La Plata. Casada hace 30 años y madre de dos hijos. Docente en educación inicial (jubilada) y tallerista. Actualmente coordina talleres de lectura para adultos mayores.

Lo que nos queda del ruido

Gimena Tamara Zotto

Herencias que mienten muy poco.

Eso pienso cada vez que una multitud respira demasiado cerca.

Las ovaciones tapan todo pensamiento. Las luces se prenden de repente. Es el fin. Todos se mueven hacia las salidas, una corriente humana que respira ansiedad. Nunca entendí el afán por salir en manada. Desde la bandeja alta, mi amiga y yo esperamos —siempre— unos minutos más. Nos deja tranquilas mirar cómo la masa se despeja antes de bajar, como si cada recital necesitara un cierre que se asiente antes de vivirse.

El escenario parece un paisaje devastado: papeles, vasos, luces que se apagan de a poco. La gente todavía canta una estrofa, a destiempo, como si quisiera estirar el instante antes de volver al mundo real. Abajo, los técnicos recogen cables con una calma que da envidia. Siempre me sorprende cómo el después de un show tiene ese olor mezclado de sudor y limpieza reciente, de algo que estuvo vivo hace segundos y ahora solo late en el ambiente.

Alrededor todo es frío, de cemento brutalista, sin corriente. Las escaleras se curvan hacia abajo como un embudo: enormes, seguras, pulcras, pero llenas de gente. Una voz de seguridad nos hace avanzar. Nos miramos un segundo. Esperamos en una esquina a que el ruido viciado se disuelva. Parece que las paredes también

respiran. Nadie empuja, pero hay algo que oprime: una presión en el pecho que no viene del cuerpo sino de la atmósfera misma.

Nos quedamos a un costado de la escalera, dejando pasar a los que bajan más rápido. Ella me mira, y sin que diga nada, murmura:

—Esperemos. Siempre que hay tanta gente así... me agarra algo raro en el pecho.

—¿Miedo? —le digo. Sabía lo que sentía y por qué. Yo siento lo mismo.

—No sé si miedo. Fobia tampoco. Es como un... no sé, un trauma. Por lo de Cromañón. —Lo dice en voz baja, casi con pudor, como si tuviera que pedir permiso para pronunciar nuestro miedo. Como si no fuéramos dignas de llevarlo. Como si no nos persiguiera en cada multitud, en cada fila, en cada puerta demasiado estrecha.

Nos sonreímos cómplices. No es una risa: es una forma de soltar el aire. Seguimos bajando, paso a paso, hasta que la escalera se abre al primer nivel. Ahí se acumula la gente que espera su turno para salir al hall. Un guardia levanta el brazo, otro dice “tranquilos, tranquilos”. Nadie grita. Pero hay algo que se parece demasiado al recuerdo del peligro.

Me vienen imágenes que no son mías: cuerpos empujando, la oscuridad absoluta, el humo espeso que borraba las salidas. Es un microsegundo. No estuvimos ahí, teníamos diez años. Pero la angustia de nuestros padres por sus amigos, los llamados, las noticias, la mirada alerta de mi madre cada vez que salgo a un recital... Todo eso lo tengo grabado en la memoria corporal: una educación del miedo.

Cada 30 de diciembre, los documentales, las imágenes, los nombres; tan nítidos que terminan por sentirse propios. Hace veinte años que tengo esos pantallazos cada vez que hay una multitud. Es como si mi cuerpo recordara todo lo que no vivió.

No me impide la vida, pero tampoco me la facilita. Pienso en eso mientras bajamos otro tramo. Quizás el miedo se herede, como los gestos o los silencios que nadie enseña a frenar. A veces pienso que hay cosas de las que no podemos escapar, una fatalidad que nos acecha inevitablemente. No son recuerdos, porque no estuvimos ahí, pero igual nos tiemblan en el cuerpo.

Mi amiga atina a prender un pucho, mirando hacia abajo, hacia la curva interminable de cemento. Registra que no se puede. Su mano se detiene como si temiera romper el frágil pacto de calma que nos rodea.

—Igual está todo bien acá, parece —dice—. Hay salidas, hay control, hay gente cuidando. Asiento.

—Sí. Pero igual... —no termino la frase.

Me alcanza con mirar las paredes rígidas y las salidas lejanas para sentir al caos sonreír, socarrón, desde algún rincón del aire. Pienso en lo frágil que es esa frontera entre la euforia y el miedo. En cómo un cuerpo, en medio del ruido, puede pasar del canto al temblor sin que cambie nada alrededor. A veces creo que el peligro no está en el fuego ni en las puertas, sino en la confianza con la que olvidamos que todo puede cerrarse de golpe.

Tomo bocanadas de aliento. La brisa vuelve, tibia, distinta. Seguimos caminando. La multitud avanza como un río contenido. Alguien detrás silba un pedazo del tema final, otro grita “¡qué reina, por favor!”, y algunos ríen. Hay alegría, alivio, y algo más: esa sombra que no se borra del todo, incluso cuando las luces están encendidas.

Cuando llegamos al hall, el viento de la puerta nos devuelve a la calma. Afuera llovizna y el vapor del ambiente interior se mezcla con el olor a lluvia. Frente a los murales del estadio, la gente se detiene. Algunas amigas se sacan selfies, otras posan con los brazos en alto como si el concierto les siguiera latiendo en la piel. Hay novios que se fotografían abrazados, chicas que

ríen con la cámara en alto, un grupo que canta el estribillo de despedida antes de subir al auto.

Todo parece tan calmo, tan perfectamente normal, que por un segundo me cuesta entender de dónde viene este malestar. Tal vez sea eso lo que más asusta: que la vida siga con esa naturalidad casi insolente, tan despojada. Nos miramos otra vez.

—Ya pasó —me dice.

—Sí —contesto—. Pero igual se siente, ¿no?

—Sí —dice—. Siempre se siente.

Salimos. Afuera, la llovizna se mezcla con el vapor. El ruido de la ciudad vuelve, insípido. Caminamos sin hablar, cada una vigilando en secreto el perímetro.

El trauma no se supera, se hereda. Nos obligamos a creer en la normalidad de este asfalto, de estos taxis, de este sábado. Pero la verdad es que cada vez que respiramos en medio de la marea de gente encerrada, recordamos la lección de que el peligro no está en el fuego, sino en la confianza con la que se olvida que hasta el cemento puede colapsar.

Sobre la autora

Gimena Zotto es profesora de Literatura y escribe narrativa. Sus textos parten de escenas cotidianas para pensar el cruce entre lenguaje y experiencia, y los modos en que la escritura produce sentido en contextos sociales contemporáneos.

Homenaje

Sobre el autor

Luis es una de las víctimas de Cromañón. Tenía 28 años, un hijo de 9 llamado Fidel, trabajaba en Crónica TV y vivía en Lanús. Este texto lo escribió años antes de la masacre en homenaje a Darío Santillán, a quien conoció junto a su hermano colaborando en un comedor en Monte Chingolo. La publicación de este cuento en esta antología es un homenaje a él y a todos los pibes y pibas que se nos fueron en esa fatídica noche del 30 de diciembre de 2004.

El aparecido

Luis Santana

No sé por qué extraña razón Darío siempre se me aparece, siempre está presente en todos los lugares adonde voy. Lo veo en las marchas, en la cara de los pibes barbudos rebeldes que cantan, lo veo en las paredes de Lanús dibujado con pintura negra. Lo veo en los grafitis de Wilde, en esas manifestaciones escritas que el pueblo escupe desde las paredes. Lo veo en el mural inmenso debajo del Puente Pueyrredón, lo veo en cada policía bonaerense que calla, que habla, que culpa, que se “suicida”, que no se hace cargo, que se entrega. Lo veo en los pasillos de la villa caminando tranquilo, y enormemente feliz, a veces.

Darío, volviendo para entrar al hall de la estación es el hombre nuevo que pensó tantas veces Guevara. Ese Darío que vuelve para entrar al infierno es la juventud nueva que tanto hace falta. Darío volviendo, entrando, caminando con miedo, claro, pero con absoluta seguridad, es el ejemplo que toman los que hoy levantan las banderas con su rostro eternizado.

Y siempre Darío entra. Cada vez que lo veo, Darío entra. Adentro, arrodillado, se aferra a la mano de Maxi, que ya está muerto. La realidad convertida en sangre, humo y plomo, lo encuentra después de buscarlo, arrodillado y sufriendo, mostrando la humilde sensibilidad de los pobres. Darío no quiere soltar la mano de Maxi que ya murió. Es gigante ese acto, es eterno. Es

inmortal, surge de lo más profundo del alma. Y no puedo hablar de Darío sin hablar de Rodolfo Walsh, de González Tuñón, de Los Olimareños, de Paco Urondo.

No sé por qué extraña razón Darío siempre se me aparece, siempre está presente en todos los lugares adonde voy. Su cara sonriente en los afiches de la facultad, su nombre en las banderas que piden en Plaza de Mayo, su cuerpo parado frente a las gomas que arden en puentes y rutas de todo el país, siempre presente en todos los lugares donde se reclama un derecho.

Lo veo a Darío y lo admiro con verdadero respeto. Hay que tener coraje para tejer la vida con la casi ausencia de todo, con tanta desesperación, ofensa, dolor. Con tanta humanidad negada, traicionada y aplastada. Darío volviendo y entrando al hall sin poder cruzar los brazos ante tanto insulto. Darío aguantando al frente para que sus compañeros se escapen. Darío otra vez, otra vez Darío, siempre Darío, eternamente Darío, ahí donde pocos se atreven a pararse.

Y no puedo hablar sólo de Darío mientras escribo. Hablo también de los más de 30 seres humanos que dejaron su vida el 20 de diciembre. Hablo también de los otros tantos que cayeron a lo largo y a lo ancho de todas las rutas del país. Todos muertos que pone el pueblo.

Hablo también de los que están en los fríos calabozos de la desgracia esperando justicia, y hablo de todos porque es Darío ahora quien habla mientras escribo.

“El aparecido” se llama lo que ustedes leen, porque Víctor Jara canta mientras “los muertos de mi felicidad” se hacen presente. Felicidad digo, porque ellos marcan el camino y no mueren, sino que trascienden para vivir por siempre.

Darío ha aparecido hoy, como otras tantas veces se me aparece por la calle, en el colectivo, en las paredes, en el diario, en fotos, en los ojos de Leo, en las caras de los que marchan hacia

la esperanza. Darío vino hoy, un día de lluvia, con calor, sin sol. No golpeó mi puerta, entró como un hermano. “Y en el silencio estuvimos conversando mates, compartiendo músicas, cigarrillos baratos y otras maravillas de esas que alegran el alma”. Después de algunas horas, con un sentido abrazo se despidió y se fue sonriendo, como siempre.

Epílogo

La literatura perdura. El arte trasciende. Y la cultura —esa que nace del pueblo y vuelve al pueblo— es la que nos sostiene cuando todo tambalea. Este libro, para nosotros que estuvimos en Cromañón, es un gesto que mezcla esas tres fuerzas: la palabra, la justicia y la necesidad profunda de seguir trascendiendo.

Que esta iniciativa haya surgido desde la Subsecretaría de Derechos Humanos no es un dato menor: es otro paso hacia la reparación, otra manera de inscribir a Cromañón dentro de las políticas de los derechos humanos, que reconocen los daños que deja la violencia estatal. Porque nuestro universo —ese universo cromañón que incluye a sobrevivientes, familiares, amigos, organizaciones y comunidades enteras— es amplio y diverso, pero sabe caminar unido cuando se trata de exigir justicia y reparación.

Siempre juntos, siempre colectivos, siempre reclamándole al Estado su responsabilidad y pidiéndole a la sociedad el abrazo que aún necesitamos como Pueblo.

Ojalá este concurso abra puertas para otras luchas, que buscan que su historia sea escuchada y reparada. Porque trascender no es un gesto abstracto: es una decisión política. Y en este libro esa decisión se vuelve palpable, se vuelve palabra viva.

Es un paso fundamental que la provincia de Buenos Aires —el territorio donde vive casi el 40% de la población del país, donde residen la mayoría de las y los sobrevivientes y donde habitaban

la mayoría de las víctimas fatales— haya elegido nombrar la masacre de Cromañón y convertir esas palabras en políticas públicas. Es un mensaje claro: la memoria también se construye desde el Estado, y se construye con buena fe, con compromiso y con solidaridad.

Porque creemos, de verdad, que Cromañón nos atravesó a todas y a todos. Y todavía necesitamos que nos sigan acompañando. Que esta decisión provincial sea un llamado para que otras provincias se sumen a la tarea de cuidar la memoria y sostenerla entre todos.

La masacre de Cromañón fue un punto de inflexión en nuestra historia reciente. Sucedió en la Ciudad de Buenos Aires, pero se sintió en cada rincón del país, como una herida que no entiende de fronteras.

Agradecemos a quienes participaron del concurso, a quienes resultaron ganadores, y a la familia de Luis Santana por permitarnos incluir uno de sus cuentos en esta edición.

Gracias por ponerle palabras a lo que todavía duele. Gracias por animarse a narrar Cromañón desde el arte.

Celebramos este libro porque es la prueba de que la organización, la lucha y la perseverancia pueden transformar la realidad que nos rodea.

Cromañón nos golpeó de lleno, sobre todo a la juventud. La negligencia, la corrupción y la desidia se llevaron la vida de 194 personas esa noche, y también la de muchos sobrevivientes y familiares que no pudieron con tanto dolor a lo largo de este tiempo.

Pero también nos mostró algo más: la solidaridad más honda que puede ofrecer un pueblo. Cerca del 40% de los chicos y las chicas que fallecieron habían logrado salir, pero volvieron a entrar para rescatar a quienes necesitaban ayuda. Ese acto — anónimo, urgente, heroico— dice quiénes somos.

Nos enseñó a no ser indiferentes. A reconocer que tu vida te la puede salvar el de al lado. A tejer redes, a abrazar, a acompañar. A entender que la Memoria es colectiva y que, si queremos que florezca, hay que regarla siempre.

Deseamos que este libro los acompañe, de la mejor manera posible, porque estos cuentos le ponen vida a la muerte y porque logramos colectivamente hacer algo bueno con todo lo malo.

A la memoria de los pibes y las pibas de Cromañón.

A la memoria de un pueblo que no olvida y que combate la injusticia desde la solidaridad, la fe y la esperanza, persiguiendo el Bien Común y sintiéndose orgullosamente argentino.

Gracias por este libro.

El camino es cultural

@elcaminoescultural

Axel Kicillof

Gobernador de la Provincia
de Buenos Aires

Verónica Magario

Vicegobernadora de la Provincia
de Buenos Aires

Florencia Saintout

Presidenta del Instituto Cultural
de la Provincia de Buenos Aires

José Ignacio Rossi

Vicepresidente del Instituto Cultural
de la Provincia de Buenos Aires

Juan Martín Mena

Ministro de Justicia y Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

Matías Moreno

Subsecretario de Derechos Humanos
de la Provincia de Buenos Aires

DERECHOS
HUMANOS

MINISTERIO DE
JUSTICIA Y DERECHOS
HUMANOS

INSTITUTO
CULTURAL



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

M V J

EDITORIAL
MeVeJu

Derechos Humanos PBA

**DERECHOS
HUMANOS**

**MINISTERIO DE
JUSTICIA Y
DERECHOS
HUMANOS**

**INSTITUTO
CULTURAL**



**GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
BUENOS
AIRES**


EDITORIAL DE LA UNLP

ISBN 978-631-91014-4-7



9 786319 101447